CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGAS 2.ª Y 3.ª

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

CADA ENTREGA UN REAL.
UNÁ Ó DOS SEMANALES.

EL DIAMANTE,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ESCRITO EN FRANCÉS

POR

VICTOR DUCANGE.

PERSONAJES.

EL CONDE DE WALPOOL, bajo el nombre de PATERSON, anciano de 70 años.
SOFIA, su hija, de 19 á 20 años de edad.
MILORD OSWALDO, amante de Sofía.
RAMPSARD, joyero.
UN MAGISTRADO, considerado como gran juez.
UN CONSTABLE, personaje ridículo.
BLIFILD, intrigante sin oficio.
JACOBO, conserje de la cárcel.
WILLIAMS, carcelero.
BETZY, jóven aldeana, al servicio de Sofía
UN SECRETARIO DEL MAGISTRADO.
UJIERES, ALGUACILES, GUARDIAS Y UN ESCRIBANO. (*No hablan.*)

La escena pasa en Edimburgo, capital de Escocia, hácia la época de su union á Inglaterra (1475).

(**Está traduccion es propiedad de los editores.**)

ACTO PRIMERO.

El teatro figura una sala de entrada ó peristilo sencillo, pero ...seado, cuyo fondo descubierto da á un jardin.—Puertas latera...s.—A la derecha del actor una mesa con pupitre, y á su alre...edor diversos objetos de pintura. Junto á la mesa un sillon y ...na silla.—A la izquierda una mesita pequeña y un gran sillon ...tiguo. Asientos colocados en buen órden.

ESCENA PRIMERA.

BETZY, *sola.*

...etzy, trayendo una cesta, entra en la escena por la puerta de la derecha. Despues de cerrada esta, la empuja para cerciorarse de que no ha quedado abierta.)

...á está bien cerrada y me guardo la llave; así podré entrar sin despertar al señor Paterson ni á la señorita Sofia, y podré disponerlo todo antes que se dirijan aquí á almorzar, leer ó pintar, como tienen de costumbre. (*Pone la cesta en el suelo y saca de ella algun dinero.*) Veamos lo que tengo aun que gastar. ¡Caramba! pues si puedo presentar una comida de príncipe, con dos principios. Nada, nada; es necesario distinguirse en los dias del amo. Mis ramilletes se están conservando en agua, y mis invitaciones están hechas desde ayer tarde; por lo tanto solo debo pensar ya en la cocina, y eso corre de mi cuenta. (*Va á tomar la cesta y se detiene.*) ¿Habrá baile? ¡Cáspita! aquí correria el aire que seria un contento. Es muy hermoso tener así una salita que da á un jardin; de modo que la señorita no va á otra parte á pintar. ¡Lástima que haya otros inquilinos en la casa, y que el jardin sea para todo el mundo! Esto me disgusta, sobre todo desde que ha venido á anidar

44
678618

se arriba una especie de criado sin amo, curioso si los hay; pero ¡qué curioso! siempre me lo encuentro husmeando por aquí como un lobo, y viene á fastidiarme con mil preguntas Añádase á esto que tiene un aire de tuno... Vamos, este hombre es mi pesadilla. (*Riendo.*) ¿Si tendrá pretensiones conmigo? Estaria gracioso: ¡un criado sin amo! Yo me guardo para cosa mejor. (*Toma la cesta y se va por el fondo. En el instante mismo se ve avanzar por el lado opuesto á Blifild, que la sigue con la vista y despues penetra en el vestíbulo como reflexionando y queriendo adivinar alguna cosa.*)

ESCENA II.

BLIFILD, *solo.*

¡Qué tempranito va Betzy al mercado esta mañana! Ayer noté mucho entrar y salir y llevar cartas... Seguramente se trata de alguna fiesta, de algun banquete... ¡Demonio! seria la mejor ocasion para introducirme en casa del señor Paterson. Es necesario que saque partido de esta familia estranjera, pues hace quince dias que me encuentro sin colocacion y me pudro en la ociosidad. (*Saca su bolsillo.*) Mi bolsillo está escuálido hasta no poder mas. Despierta, Blifild; el hambre te acosa, y la suerte, que te ha permitido caer sobre esta casa, te presenta la ocasion mas soberbia de hacer tu agosto. Hallándome en la calle, amenazado de dormir en la cárcel, donde afortunadamente no me faltan amigos, entre los cuales figura el simpático Williams, me da gana de alzar la vista y leo: «Habitaciones amuebladas.» Entro, alquilo una vivienda en el primer piso, bajando del cielo, y una vez acomodado, me dedico á examinar mi vecindad. Aquí se encuentra un viejo achacoso, estranjero, desconocido, solo con una hija, bella como un ángel y artista en miniatura. El rico lord Oswaldo, el mas cumplido caballero de Edimburgo, está perdidamente enamorado de ella... ¡Ah, Blifild! aquí de tu travesura. El amante me parece tímido; ella, sea por pudor ó por malicia, se mantiene á la defensiva: hé aquí empezado un combate que solo aguarda un hábil general... como yo. (*Oswaldo atraviesa por el jardin, envuelto en su capa y con el sombrero calado, y se adelanta lentamente con aire pensativo.*) ¡Diantre! Hé aquí á mi milord. La ocasion no puede ser mas propicia. (*Se aparta á un lado.—Oswaldo, muy preocupado, se adelanta sin verle.*)

ESCENA III.

OSWALDO *y* BLIFILD.

OSWALDO. Yo mismo me estraño de mi timidez; no me atrevo á acercarme á estos sitios sino mientras duerme. Hé aquí el lugar que ocupa; aquí están los pinceles, que no tardará en manejar... Encantadora Sofía, ¿cuándo cesareis de desesperarme? (*Saca un billete del bolsillo.*) Si al menos os dignáseis contestar á este billete... ¿De quién podré valerme? Betzy se ha negado... (*Se vuelve y ve á Blifild, que le hace exageradas cortesías.*)

BLIFILD. Milord, tengo el honor de ponerme á vuestras órdenes.

OSWALDO. ¿Quién sois, amigo mio? ¿Estais por casualidad al servicio del señor Paterson?

BLIFILD. Milord, bien podria responderos que sí, pues como habito en esta casa... (*Oswaldo parece sorprendido.*) Arriba en una bohardilla... (*Oswaldo sonrie.*) En mis ratos de ócio, presto algunos servicios á los inquilinos de esta habitacion.

OSWALDO. ¡Ah! (*Aparte.*) Este tuno tiene aire inteligente.

BLIFILD. (*Aparte.*) ¿Cómo podré atraparle?

OSWALDO. (*Aparte.*) Si le confiase... (*Mira el billete, en el que repara Blifild.*)

BLIFILD. Sin duda milord ha venido aquí para retratarse. ¡Oh! la señorita Sofía no está visible aun; pero si milord se dignase encargarme alguna comision, de cualquier clase que fuese, yo disfruto de completa libertad en casa del señor Paterson, y la señorita me honra con su proteccion.

OSWALDO. ¿De veras? Decidme, ¿sabeis?...

BLIFILD. (*Interrumpiéndole.*) Sí, milord.

OSWALDO. ¿Qué?

BLIFILD. (*Confidencialmente.*) Sí, milord, sé...

OSWALDO. ¿Qué sabeis?

BLIFILD. Apostaria... todos mis capitales, que amais á la señorita Sofía.

OSWALDO. Pues bien, sí, amigo mio; la adoro, la idolatro.

BLIFILD. (*Aparte.*) Ya le cogí.

OSWALDO. No he hallado en la tierra un sér mas encantador, y daria cuanto poseo por tener siquiera una entrevista con ella.

BLIFILD. ¿De veras, milord, dariais cuanto poseeis?

OSWALDO. (*Cogiéndole de la mano con muestras de confianza familiaridad.*) Escucha...

BLIFILD. (*Alegre.*) Sí, monseñor.

OSWALDO. ¿Me has dicho que tienes entrada en casa del señor Paterson?

BLIFILD. Ya veis la prueba.

OSWALDO. ¿Y puedes acercarte á Sofía?

BLIFILD. Sin hacerme anunciar siquiera.

OSWALDO. Si quieres servirme con fidelidad y prudencia, ya que te encuentras sin amo, te tomaré á mi servicio.

BLIFILD. ¡Ah, milord!

OSWALDO. Es preciso que permanezcas en esta casa.

BLIFILD. Comprendo. ¡Sublime idea! Disponed de mi vida, de mi sangre, de mi cabeza. Me entrego á vos en cuerpo y alma, y juro perder mi nombre si la fecundidad de mi ingenio no corona vuestros votos con el mas completo triunfo.

OSWALDO. Bien. Por ahora solo exijo de tu celo que pongas en sus manos este billete.

BLIFILD. (*Tomándolo.*) ¿Nada mas, milord, nada mas? Antes de que almuerce...

OSWALDO. Conozco su severidad.

BLIFILD. ¡Ca! artificios de mujeres.

OSWALDO. No creo que me aborrezca.

BLIFILD. Estoy seguro de que os ama.

OSWALDO. No le conozco otras amistades que la de cierto joyero llamado Rampsart...

BLIFILD. Ya le conozco, es una especie de toro de Provenza.

OSWALDO. Que tiene entrada en la casa.

BLIFILD. A menudo. No le perderé de vista.

OSWALDO. Te confio cuanto mas amo. (*Sacando su bolsillo.*) Toma estas cuatro guineas por entregarle el billete, y si me traes una respuesta satisfactoria te regalaré veinte mas.

BLIFILD. ¡Veinte guineas! Tendreis la respuesta... (*Aparte.*) Cuando yo la escriba.

OSWALDO. Me retiro: esta es la hora oportuna. Te espero en mi casa. Haz por merecer mi confianza, y seré generoso. (*Vase.*)

ESCENA IV.

BLIFILD, *solo.*

¡Viva! ¡cuaro guineas! Oh suerte, juro inmolarte en accion de gracias cuatro botellas del mas delicioso néctar. (*Guarda el dinero.*) El negocio está ya emprendido, y solo falta conducirlo como cosa mia. El terreno es seguro: por una parte la indigencia y la hermosura, lo cual no ofrece gran resistencia, y por la otra la esplendidez, el oro... ¡El oro! éste triunfa por do quiera. Además, si son ciertos los rumores que circulan, este señor Paterson y la bella Sofía podrian muy bien no ser mas que unos aventureros; su posicion es ambigua, pues la niña, recientemente establecida en este país y casi desconocida, no puede vivir del producto de su habilidad. Por otra parte, parece que el joyero Rampsart inquieta á mi jóven lord; tanto mejor, pues á rio revuelto... Es necesario que me ponga en contacto con Betzy; es una muchacha sencillota y muy linda por cierto, que aun tiene el pelo de la dehesa, pero con un barniz de córte se la podria formar. Me parece que la oigo.

BETZY. (*Dentro.*) Bien está; todo lo sabrá la señorita Sofía.

BLIFILD. Héla aquí; atencion. (*Llega Betzy por el foro, con la cesta llena.*)

ESCENA V.

BETZY *y* BLIFILD.

BETZY. (*Colocando la cesta sobre la mesa, sin ver á Blifild.*) ¡Uf! ¡cuánto pesa!... ¿Habráse visto un propietario mas pícaro que el nuestro? Detenerme en la puerta de la calle para decirme (*remedándole*):—«Niña, hoy cumple el plazo; es preciso pagar el alquiler.» Yo le he dicho que se pagaria; pero no creo que la señorita tenga mucho dinero. Lo mismo da; despachemos. (*Viendo á Blifild.*) ¡Adios! mi huron. Sin duda me estaba esperando.

BLIFILD. (*Con tono familiar.*) Buenos dias, hermosa Betzy. Os aseguro bajo palabra de honor que vuestro rosado palmito está hoy dando envidia á la misma aurora. (*Betzy hace ademan de marcharse.*) Un momento, pajarita silvestre. Entre buenos vecinos debe haber cordialidad, y pues vivimos bajo un mismo techo...

BETZY. Con cinco pisos de diferencia. Servidora... (*Queriendo marcharse.*)

BLIFILD. Escucha, paloma torcaz.

BETZY. No me detengais.

BLIFILD. Es necesario que os diga dos palabras.

BETZY. ¿Dos palabras? sea; pero si decis mas, no os escucho.

BLIFILD. ¡Traviesa! Hablemos en razon. Vuestra ama, la señorita Sofía, es bella como los primeros amores.

BETZY. Eso no os importa á vos.

BLIFILD. A mí no, pero sí á mi amo.

BETZY. ¡Cómo! ¿teneis amo? ¿y dónde habita, en el granero?

BLIFILD. (*Con arroganeia.*) En la mejor fonda de Edimburgo. Encantadora Betzy, yo sirvo al jóven lord Oswaldo.

BETZY. ¿Qué decis?

BLIFILD. Sí; á milord, ó mas bien, al amante de Sofía.

BETZY. ¿Y habitais aquí? ¡Ah! ¡qué traicion!

BLIFILD. ¡Chist! bajo palabra de honor...

BETZY. ¡Si lo supiese mi señorita! (*Se oye una campanilla.*) ¡Ah! está llamando. Idos, idos pronto. La señorita no quiere oir hablar de milord.

BLIFILD. ¡Diablo! Esperad un instante; queria entregaros... hablarle... darle... (*Se abre la puerta de la izquierda.*)

BETZY. Héla aquí. (*Sale Sofía y se dirige lentamente al pupitre.*)

ESCENA VI.

SOFÍA, BETZY *y* BLIFILD.

SOFÍA. ¡Ah! estabas aquí; como no me respondias, creí que habias salido. (*Arregla su pupitre y los pinceles.*)

BETZY. (*Turbada.*) Es que... acababa de llegar. (*Bajo á Blifild.*) Idos.

BLIFILD. Ca; cumpliré mi encargo.

SOFÍA. ¿Con quién hablas? ¿Quién es ese criado?

BETZY. Señorita... es el que habita arriba... Yo no tengo la culpa... os lo aseguro.

BLIFILD. (*Con aire de suficieneia.*) Permitidme, señorita, que como fiel servidor ponga en vuestras manos este billete, cuyo contenido debe interesaros segun creo.

SOFÍA. (*Tomándolo.*) Un billete... (*Leyendo el sobre.*) Es para mí. ¿De dónde vendrá?

BETZY. (*Adelantándose vivamente.*) Señorita, es de...

BLIFILD. (*Interrumpiéndola y separándola.*) De quien no os importa.

SOFÍA. (*Con senecillez.*) Esperad un momento. (*Abriéndolo.*) «Señorita»... No conozco esta letra. ¿De quien será?... (*Vuelve la hoja.*) ¡Cielos! de lord Oswaldo... (*Queda sobrecogida, y llevándose una mano al corazon, deja caer la carta.*)

BETZY. (*Sin atreverse á acercarse.*) Señorita...

BLIFILD. (*Aparte, observando á Sofía.*) Se turba... Milord es correspondido. (*Recoge la carta y vuelve á presentársela.*) Señorita, este papel os ha caido...

SOFÍA. (*Reponiéndose.*) Os servireis devolverlo á quien os lo ha entregado, diciéndole que no lo he leido, y que presumo se habrá equivocado al ponerle el sobre para mí.

BLIFILD. Si la señorita lo leyese hasta el fin, quizá veria que no ha habido error.

SOFÍA. Entonces seria un insulto, y yo no puedo creer que milord sea capaz... (*Se vuelve para ocultar su emocion á Blifild, y se la ve enjugarse una lágrima.*)

BLIFILD. (*Aparte, observándola siempre.*) No se enoja... Una lagrimita... ¡Bravo! esto equivale á una respuesta. (*Pasa rápidamente la vista por el billete, que conserva abierto.*)

SOFÍA. (*Aparte.*) ¡Emplear tal ardid! ¡Ah! ¿debo acusarle tanto? ¿Quién soy yo á sus ojos? un sér oscuro, una jóven desconocida... si supiera... ¡Cuán desgraciada soy! (*Se sienta.*)

BLIFILD. (*Aparte.*) Le pide una cita; el sello está roto, y ella no ha dicho que no... Quien calla otorga... Yo diré que sí.

SOFÍA. (*Reparando que Blifild está aun presente.*) Betzy, haz salir á ese criado.

BETZY. Idos; la señorita lo manda.

BLIFILD. (*Con aire triunfante.*) Está bien, alma mia, está

bien. He comprendido perfectamente lo que significa el silencio de vuestra ama.

BETZY. Creo que quiere decir bien claro que no vengais mas por aquí.

BLIFILD. No sois tan necia para creerlo. Hasta mas ver, picaruela. (*Vase.*)

ESCENA VII.

SOFÍA *y* BETZY.

BETZY. ¡Habrá impertinente!

SOFÍA. Betzy, te prohibo que en adelante dejes entrar bajo ningun pretesto á cualquiera que se presente de parte de lord Oswaldo.

BETZY. Sí, ¡como eso es tan fácil! esta habitacion está abierta, el jardin es comun para todos los vecinos de la casa, y para que veais lo que inventa la malicia, ese criado hasta habita aquí. Ya podeis decir y hacer cuanto os plazca que, como milord Oswaldo os ama, no lograreis nunca perderle completamente de vista.

SOFÍA. (*Con dulzura.*) ¿Lo crees así, Betzy?

BETZY. ¡Vaya! Yo sé muy bien lo que son los amantes. Si se les echa por un lado, se cuelan por el otro.

SOFÍA. (*Interrumpiéndola espresamente.*) ¿Se ha levantado mi padre?

BETZY. (*Yendo hácia la puerta de la izquierda.*) Creo que se está vistiendo. Ved lo que he comprado; aquí tengo los ramos, y pronto estará listo todo.

SOFÍA. Bien. ¡Pobre padre! Prepara el té, y pon tres tazas, porque el señor Rampsart viene á almorzar con nosotros. Tambien traerá su ramo.

BETZY. ¡Ah! nuestro amable vecino, á quien estais retratando, y que os compra joyas algunas veces... Me alegro, porque es todo un caballero, y puede que llegue muy á propósito esta mañana. (*Con misterio.*) Estamos á treinta, y el alquiler...

SOFÍA. (*Sorprendida.*) ¡Que me compra joyas!... ¿Quién te ha hablado de eso, Betzy?

BETZY. ¿Quién? el simpático Goop, el hijo del alguacil, que sabe cuanto pasa en el barrio.

SOFÍA. (*Con inquietud.*) ¿Quién le habrá dicho?...

BETZY. El otro dia me preguntó de dónde sacabais tantas joyas, por qué las vendiais, y por qué tal y por qué cuál...

SOFÍA. Y tú ¿qué le respondiste?

BETZY. Nada; que no sabia...

SOFÍA. Bien hecho.

PATERSON. (*Desde la habitacion de la izquierda, llamando.*) ¡Sofía! ¡Sofía!

SOFÍA. Oigo á mi padre; prepara el té y los ramos. Despáchate. (*Paterson aparece apoyado en el brazo de Sofía, que ha ido á buscarle, y se sienta en el sillon que le ha preparado Betzy.*)

ESCENA VIII.

PATERSON, SOFÍA *y* BETZY.

PATERSON. Buenos dias, querida Sofía; buenos, Betzy.

BETZY. (*Haciendo una reverencia.*) Servidora vuestra. Hace hoy un dia muy hermoso, y si el señor se decide á dar un paseito, le ofrezco mi brazo.

PATERSON. Dudo, hija mia, que pueda aprovecharlo. (*Sofía hace una seña á Betzy para que prepare la mesa.*)

BETZY. Comprendo, señorita. (*Se dispone á servir el almuerzo, y entra y sale para poner la mesa.*)

SOFÍA. Padre mio, creo que sufrís mucho: me parece que vuestra mirada teme encontrar la mia.

PATERSON. Es verdad, querida hija, y siento no poderte ocultar la causa de mi pena. Esta noche me ha sido imposible conciliar el sueño; una idea cruel... ¡A qué grado de infortunio hemos descendido! ¡Nosotros, colocados por nuestra cuna en un rango superior, vernos hoy amenazados hasta de que nos falte el asilo!

SOFÍA. (*Mirando con inquietud si Betzy se ha retirado.*) Padre mio, nuestra existencia depende del olvido del pasado. ¿Por qué estais inquieto?

PATERSON. Hoy mismo, mi querida Sofía, el amo de esta casa nos exigirá una suma bastante crecida, y tu talento, poco conocido aun, no ha sido suficiente para procurárnosla. Será preciso suplicarle, implorar su piedad...

SOFÍA. No, padre mio. ¡Cuánto siento haberos dejado espuesto á tan crueles inquietudes! El alquiler será satisfecho hoy mismo, pues nuestro amigo, el señor Rampsart, viene á almorzar con nosotros, y le rogaré que me compre este diamante. (*Enseñándole un anillo.*)

PATERSON. Ese diamante... (*Examinándolo.*) ¡Ah! es el primer regalo que hice á tu madre. (*Sofía se vuelve para enjugarse una lágrima.*) ¡Qué inmenso valor debe tener para tí! y sin embargo lo sacrificas...

SOFÍA. (*Ocultando su emocion.*) La prudencia aconseja que no lleve joyas de tanto precio, pues daríamos qué sospechar; así es que renuncio sin pena...

PATERSON. ¡Cuánta virtud encierra esa mentira! Este nuevo sacrificio es el último que puedes hacer, y el porvenir...

SOFÍA. (*Sonriendo.*) El porvenir será mas halagüeño... En Edimburgo se habla ya de mi talento, y creo que antes de seis meses mis pinceles nos bastarán, y seremos felices.

PATERSON. ¡Felices! ¿Puedo creer que estoy oyendo á la condesa de Walpool?

SOFÍA. (*Con temor.*) ¡Chit!

BETZY. (*Aproximándose.*) Señorita, cuando gusteis... (*Bajo.*) Ya sube el señor Rampsart.

SOFÍA. Bien. (*Saca un estuche del pupitre, mete en él la sortija, y lo guarda otra vez mientras entra Rampsart, quien aparece con el sombrero y el baston en una mano y en la otra un gran ramillete, que oculta detrás de sí.*)

ESCENA IX.

PATERSON, RAMPSART, SOFÍA *y* BETZY.

RAMPSART. Hola, hola. (*Bajo á Betzy.*) Apodérate de esto. (*Alto.*) Querido Paterson... (*Bajo á Betzy.*) ¿Acabarás de tomar esto? (*Alto.*) ¿Cómo va de salud? (*Betzy toma el ramillete.*) ¡Uf! Gracias á Dios. (*Paterson se levanta.*) ¿Qué tal la gota, el reumatismo, el catarro y toda la maldita escolta? Ya los venceremos. (*A Sofía.*) Soy vuestro mas humilde criado, mi lindo pintor. (*A Paterson.*) Hé aquí cómo me gusta el talento: jóven, amable, modesto... En verdad, amigo mio, vuestra hija es un tesoro. Lléveme el diablo sino hablo con el corazon. Soy joyero; como tal sé lo que digo, y puedo garantizaros que Sofía vale mas oro que pesa... mucho mas. (*A Betzy, que ha vuelto.*) Hola, Betzy.

PATERSON. Es que vos, vecino, nos mirais con los ojos de la amistad.

RAMPSART. Sí, pardiez; de la mas sincera amistad.

SOFÍA. Betzy, acerca la mesa.

RAMPSART. (*Llevando aparte á Sofía.*) ¿Teneis ramillete?

SOFÍA. Sí; hemos invitado á nuestros amigos.

RAMPSART. Bueno. Yo tambien he hecho por mi parte algunas invitaciones. No temais; son gente honrada como yo, sin cumplidos ni... Y bailaremos, pardiez, bailaremos. (*Bajo á Sofía.*) Vamos, vengan los ramilletes. (*Sofía manda á Betzy que los traiga.—Rampsart se acerca á Paterson con alegría.*) ¡Ja, ja, ja! reiremos, amigo mio, reiremos. Despues de almorzar, dará Sofía su última mano á mi retrato. No os incomodaré, pues he tomado mis precauciones y traigo en el bolsillo el diario de Lóndres. ¿Sois aficionado á la política?

PATERSON. No; hace mucho tiempo que no leo las gacetas.

RAMPSART. Haceis mal.

PATERSON. Puede que sí. (*Betzy vuelve con una cesta con los ramilletes.*)

SOFÍA. ¿Quereis sentaros?

RAMPSART. Con mucho gusto. (*A Betzy.*) Dame. (*Paterson va á sentarse el primero. Entretanto Rampsart, Sofía y Betzy toman cada uno su ramo, de manera que en el momento en que Paterson se sienta, se encuentran los tres ante él con las flores en la mano.*)

PATERSON. ¡Qué veo!

RAMPSART *y* BETZY. (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja!

SOFÍA. Padre mio, de una hija que os adora.

RAMPSART. De un amigo verdadero.

BETZY. (*Haciendo una reverencia.*) De vuestra humilde servidora, señor.

PATERSON. ¡Ah! ¡cuánto me satisface este homenaje! Corazon, goza con toda libertad.

RAMPSART. ¡Bravo! ahora á la mesa, y despues continuaremos. (*Se sientan.*)

BETZY. (*Tomando la tetera.*) ¿Os sirvo, señorita?

SOFÍA. No, Betzy, puedes dejarnos.

BETZY. Pero, señorita, si necesitais alguna cosa...

SOFÍA. Ya te llamaré; vé, querida Betzy.

BETZY. (*Yéndose.*) ¡Pues está gracioso! (*Vase, y quedan sentados á la mesa Paterson, Rampsart y Sofía.*)

RAMPSART. ¡Caramba, qué asado tan escelente!

SOFÍA. Gracias á vuestro apetito, señor Rampsart, y á vuestro buen humor.

RAMPSART. Es verdad, señorita, siempre estoy alegre; gozo de una salud envidiable, mis negocios van bien, mi mujer no es del todo mala... (*A Paterson.*) ¿Y vos no comeis, amigo mio?

PATERSON. Mi suerte, amigo Rampsart, no es tan próspera como la vuestra.

RAMPSART. ¡Bah! ¿qué es lo que os falta? ¿teneis alguna pena?

SOFÍA. Sí, señor Rampsart.

RAMPSART. Así me gusta que se responda: nada de circunloquios, al asunto. ¿Qué os pasa, amigos mios?

PATERSON. La desgracia persigue sin cesar á los que elige por víctimas.

RAMPSART. Comprendo lo que eso quiere decir: que no teneis dinero. (*Los mira.*) ¡Demonio! como decís muy bien, eso es una desgracia; y creedme, siento en el alma... Si yo pudiera... pero no puedo. (*Sigue comiendo.*)

SOFÍA. (*Sintiéndose humillada.*) Caballero, ni mi padre ni yo os pedimos nada.

RAMPSART. ¡Pardiez! lo sé muy bien, señorita. Precisamente por lo mismo os decia que si pudiese, os traeria á toda la ciudad para que la retrataseis. Con vuestro talento podriais ser rica, y creedme, es cosa que me subleva le ver el mérito en la oscuridad. La fortuna es una imbécil, y los hombres unos ciegos. (*Se levanta, se adelanta bruscamente y saca una cartera del bolsillo.—Paterson y Sofía se levantan tambien.*)

PATERSON. Señor...

SOFÍA. Os equivocais.

RAMPSART. (*Con senecillez.*) ¿Cuánto necesitais? Precisamente acabo de recibir doscientas libras esterlinas; ¿quereis cincuenta, ciento?... ¿Las quereis todas? (*Sofía, enternecida, sonrie volviéndose un poco. Paterson aprieta la mano á Rampsart y rechaza suavemente la cartera.*)

PATERSON. Sois un buen amigo. Os doy las gracias.

RAMPSART. ¡Cómo! (*Alarga la cartera á Sofía.*)

ESCENA X.

Los precedentes y BLIFILD.

(*Blifild entra sin hacer ruido, permaneciendo junto á la puerta en disposicion de escaparse.*)

BLIFILD. (*Aparte.*) Allí tenemos á Rampsart. Observemos lo que hacen.

SOFÍA. (*Presentando á Rampsart el anillo, que va á tomar en el pupitre y que saca de la cajita.*) Queríamos únicamente rogaros que evaluarais este diamante y nos dierais por él lo que os plazca.

BLIFILD. ¡Un diamante! ¿de dónde habrá salido?

RAMPSART. (*Sorprendido.*) ¡Mas alhajas! Las teneis muy á menudo, señorita. Veamos ese anillo. (*Examinando el diamante.*) ¡Diantre! es un bellísimo diamante, de purísimas aguas... Es bastante raro, bastante sorprendente que artistas de vuestros años posean estos tesoros.

SOFÍA. No olvideis sobre todo que deseamos guardeis el secreto.

RAMPSART. Sí, sí; esta es siempre vuestra condicion, y así hemos hecho ya algunos negocillos. Pero este diamante... os pertenece sin duda. ¿Por qué, pues, tanto misterio?

SOFÍA. (*Sonriendo y en tono amable.*) ¡Ah! señor Rampsart, ese es nuestro secreto.

BLIFILD. (*Aparte.*) ¡Su secreto!

PATERSON. Deseamos que se ignore que esos objetos salen de nuestras manos.

BLIFILD. (*Aparte.*) Bueno es saberlo.

RAMPSART. Ya... Al fin y al cabo, cada uno tiene sus razones. Sin embargo, este diamante... (*Lo contempla.*)

PATERSON. ¿En cuánto lo apreciais?

RAMPSART. Esperad. Primero es preciso desmontarlo, despues volverlo á montar... Pero teniendo presente la calidad, y siendo amigos como somos... en conciencia vale doscientas libras esterlinas.

SOFÍA. (*Admirada.*) ¡Tanto!

RAMPSART. ¿No sabiais su precio?

SOFÍA. No.

BLIFILD. (*Aparte.*) Sería un regalito.

RAMPSART. Perdonadme, señorita; pero en mi calidad de jóyero, las leyes me ordenan que os pregunte la procedencia de este diamante.

BLIFILD. (*Aparte.*) ¡Ah!

SOFÍA. Nunca lo habeis hecho hasta ahora.

RAMPSART. Porque los primeros objetos eran de mucho menos valor; pero éste...

PATERSON. Podeis tomarlo con seguridad, pues conozco su procedencia. Fiaos en mi palabra.

RAMPSART. ¡Ah! puesto que vos sabeis... eso me basta, amigo mio. (*Tomando el estuche, que aun tiene Sofía.*) Me permitireis que el estuche entre en el ajuste. (*Guarda en él el diamante.*) Está hecho á propósito. ¡Pardiez! quiero ofrecérselo esta misma mañana á la duquesa de Portland, y en saliendo de aquí... (*Se mete el estuche en el bolsillo.*)

SOFÍA. (*Aparte.*) Perdóname, madre mia.

RAMPSART. Ahí van las doscientas libras. (*Las entrega á Paterson.*) Tomemos asiento.

SOFÍA. (*Llamando.*) ¡Betzy! (*Blifild se escapa y se oculta por el jardin.*)

ESCENA XI.

Los mismos, escepto BLIFILD, *y* BETZY.

BETZY. Señorita...

SOFÍA. Llévate esto y arréglalo todo. (*Betzy desocupa la mesa y la retira. Sofía se coloca en su mesa de pintar.*)

RAMPSART. (*Sentándose en el sillon.*) Hé aquí mi asiento; os abandono mi cara y voy á leer el diario. (*Saca del bolsillo una gran gaceta inglesa.*) ¿Estoy bien, señorita? (*Paterson se pone á leer.—Betzy, despues de arreglarlo todo, se acerca á ver el trabajo de Sofía.*)

SOFÍA. Perfectamente. Sin embargo, no tan vuelto; enderezad la cabeza. Ahora; no os movais.

RAMPSART. Este es un ejercicio fatal despues de comer.

BETZY. (*Contemplando el retrato detrás de Sofía.*) ¡Ay, señorita, y cómo se le parece! Cualquiera diria que está hablando. Pero la nariz, la nariz sobre todo parece que sale de la cara.

RAMPSART. ¿Y de dónde quieres que salga?

BETZY. (*Retirándose cortada.*) ¡Toma! yo no sé...

SOFÍA. (*Sonriendo.*) Os moveis.

RAMPSART. Pues si no me clavan... Vamos, voy á leer sin pestañear. (*Leyendo alto.*) «Sesion estraordinaria en la Cámara de los Comunes. Discurso del lord canciller en favor de los desterrados de Escocia.»

PATERSON. (*Con interés.*) ¿Qué decís, caballero? (*Sofía levanta la cabeza y escucha con atencion.*)

RAMPSART. ¡Por vida de!... pues esto es nuevo. Debe ser interesante este artículo.

PATERSON. ¿Tratará acaso de los rebeldes, amenazados lo propio que sus familias con la muerte, si vuelven á presentarse en territorio inglés?

RAMPSART. Justamente.

SOFÍA. ¡Cielos!

PATERSON. Por favor, ¿qué dice?

RAMPSART. (*Leyendo.*) «El noble lord solicita que por lo menos se consideren eximidos de dicha pena á las esposas é hijos de los culpables.» (*Paterson dirige á su hija una mirada de alegría.*) Es muy justo; las mujeres, los niños y las niñas no han tomado las armas.

PATERSON. ¿Y bien?

RAMPSART. (*Leyendo.*) «La discusion se entabla con gran fuego y los debates son animadísimos; en fin, despues de tres horas de las mas elocuentes argumentaciones, la peticion del noble lord... es desechada.»

SOFÍA. (*Muy conmovida y cayendo sobre su silla.*) ¡Ah!

BETZY. (*Acudiendo en su ausilio.*) ¿Qué teneis, señorita?

PATERSON. ¡Desechada su peticion! ¡qué barbarie! (*Adelantándose.*) Veamos, veamos, caballero.

RAMPSART. (*Levantándose tambien y dándole el periódico.*) Tomad; nada hay mas cierto. (*Sofía se dirige precipitadamente á su padre.*)

PATERSON. (*Despues de haber pasado la vista por el periódico.*) ¡Será preciso sucumbir bajo la fatal sentencia! (*Sofía le coge la mano y le suplica que se calle.*)

RAMPSART. Os digo, amigo Paterson, que me sorprendeis, pues aunque fuerais uno de los desterrados, no pareceriais mas confuso.

PATERSON. ¡Ah, caballero! (*Abrazando á Sofía.*) ¿Hay alguno entre ellos cuyo corazon paternal no se estremezca al pensar que su hijo está bajo la cuchilla de la ley?

RAMPSART. Teneis razon.

SOFÍA. Señor Rampsart, en nombre del cielo, dejemos esta conversacion.

RAMPSART. Es lo mas prudente. Dios me libre de volver á leeros la gaceta. ¡Si hasta vos estais conmovida! Vaya, suspendamos por hoy el retrato. Iré á ver á la duquesa, y en seguida me ocuparé de nuestra pequeña fiesta. Vos, querido vecino, id á respirar el aire; eso os calmará, y volvereis mas contento. (*Va á tomar el baston y el sombrero.*)

SOFÍA. Sí, padre mio; Betzy os dará el brazo.

BETZY. Sí, sí; vamos, señor.

PATERSON. Teneis razon, amigos mios, necesito respirar. (*Abrazando á Sofía.—Bajo.*) Animosa hija, ¡cuánto aventajas á tu padre! (*Betzy da á Paterson el baston y el sombrero.*)

RAMPSART. Vamos; yo os acompañaré hasta el pretil.

BETZY. (*Colocando el brazo de Paterson sobre el suyo.*) Señor, apoyaos bien.

RAMPSART. (*A Sofía.*) Servidor vuestro, bella niña.

SOFÍA. (*Bajo á Rampsart.*) No le hableis mas de la gaceta.

RAMPSART. Dios me libre. (*Vanse los tres. En el momento en que desaparecen y mientras que Sofía vuelve á la escena, se ve á Blifild atravesar el jardin, observando á los que se van y haciendo á alguno señal de que se espere para entrar.*)

ESCENA XII.

OSWALDO, BLIFILD *y* SOFÍA *en su mesa.*

BLIFILD. (*A Oswaldo en el fondo.*) Voy á seguir las huellas de Rampsart, pues estoy averiguando un importante secreto. No os presenteis aun.

OSWALDO. Vé, amigo; yo recompensaré tu celo y mi felicidad.

BLIFILD. (*Aparte.*) Ya están todos en danza. (*Vase rápidamente.*)

SOFÍA. (*Sola.*) Mi sangre se hiela. ¡Oh patria mia, querida Escocia! nuestros ojos pueden volverte á ver... pero ¡á qué precio! Dichosa vos, madre mia, que reposais en la tumba, pues vuestra hija vivirá eternamente bajo su sentencia de muerte... (*Con resignacion.*) Vamos, pobre Sofía, valor; olvida para siempre lo que no fué para tí mas que un sueño; ya solo eres la hija de un oscuro artesano, y tus pinceles tu única herencia. Trabaja, pobre Sofía, trabaja para que el pan no falte á tu padre. (*Se sienta en el pupitre para pintar.*) ¡Y en medio de tantos infortunios era preciso que mi corazon se creara otros sinsabores!

Oswaldo. (*Que se ha aproximado para escucharla.*) ¿Qué dice?

Sofía. Si mi padre sucumbiese, me veria sola en el mundo. ¡Cuánto me aflige esta idea! (*Apoya la frente en su mano.*)

Oswaldo. No; no puedo verla sin que arda mi corazon. (*Se arrodilla y toma la mano de Sofía.*) ¡Sofía!

Sofía. (*Levantándose sorprendida y manifestando mas bien turbacion que espanto.*) ¡Ah! ¡gran Dios! ¿sois vos, milord?

Oswaldo. No os ofendais, Sofía; sé respetaros.

Sofía. (*Muy conmovida, pero con dulzura.*) Retiraos, milord, os lo suplico.

Oswaldo. ¡Ah! no lo exijais. Hubiera pagado con mi vida la dicha de veros, de hablaros un solo instante sin testigos. Oid siquiera una vez la voz de mi ternura, y sepa yo de vuestros mismos labios si me odiais. ¿Qué motivo os he dado para que me trateis con tal dureza? Os amo, Sofía, os amo; y creed que no es bastante esta palabra para pintaros mi pasion. ¿Acaso porque os adoro he merecido vuestro enojo?

Sofía. Milord, os equivocais; no siento hácia vos ni cólera ni desprecio. El homenaje que me ofreceis no puede ofender mi corazon.

Oswaldo. (*Con alegría.*) ¡Cielos!

Sofía. Y me honraria sin duda alguna, si me fuese posible aceptarlo.

Oswaldo. ¿Será posible? ¿Podré esperar?... Pero ¿qué obstáculo se interpone? ¿acaso vuestro corazon ya no os pertenece?

Sofía. (*Con vivacidad.*) No, milord; os lo aseguro.

Oswaldo. Sois libre, y os adoro. ¿Quién puede oponerse pues á nuestra felicidad? Perdonadme, Sofía, si me atrevo á interpretar vuestras palabras, vuestras miradas y hasta el acento de vuestra voz; si mi pasion no me ciega, creo que no os soy odioso, y sin embargo me rechazais.

Sofía. Y vos, milord, al ofrecerme vuestro amor ¿qué esperanza podeis abrigar? No creo que echeis en olvido vuestra fortuna y mi pobreza, el esplendor á que estais llamado y mi oscuridad.

Oswaldo. ¿Creeis, Sofía, que solo existe la felicidad en el fausto del mundo? Si esto pudiera seduciros, yo os consagraria mi fortuna entera.

Sofía. ¿Qué decís, milord?

Oswaldo. Fijad vos misma vuestro destino. Desde ahora os pertenece sin restriccion alguna una fortuna inmensa. Elegid vuestra morada: si deseais una choza, contento viviré en ella con vos; si ansiais un palacio, hablad y lo tendreis. Estoy pronto á concederos cuanto pidais.

Sofía. (*Aparte, cubriéndose los ojos con su pañuelo.*) ¡Ah, desventurada! ¡y yo creí que era puro su amor!

Oswaldo. ¿Qué significan esas lágrimas?

Sofía. (*Con dignidad.*) Milord, retiraos. He tolerado vuestras palabras, porque no os hacia la ofensa de adivinar su sentido; pero ahora os ordeno que salgais de mi casa.

Oswaldo. ¡Qué cambio tan estraño! Sofía, ¿estudiais quizá la manera de desesperarme?

Sofía. (*Con autoridad.*) Milord, os repito que salgais. Respetad cuando menos el asilo del infortunio. Acabais de arrancar el velo que me ocultaba mi destino. No basta la desgracia; es preciso añadirle la deshonra. En nombre del cielo, dejad de emponzoñar el aire que respiro en paz.

Oswaldo. (*Fuera de sí.*) ¡Me arrojais sin esperanza, sin piedad! No, cruel; eso no es verdad. Semejante fallo es hijo de un vano capricho, ó la confesion de un amor cuyo secreto he de arrancar de vuestro corazon. Os amo con frenesí, y he de emplear cuantos medios estén á mi alcance...

Sofía. (*Asustada.*) ¡Gran Dios!

Oswaldo. Corresponded á mi ternura ó temed mi desesperacion.

Sofía. (*Con temor é indignada al mismo tiempo.*) Esto ya es demasiado. Vuestros ultrajes me aterrorizan y me obligan á huir de mi asilo. (*Se dirige hácia la puerta.*)

Oswaldo. Deteneos.

Sofía. (*Cerca de la puerta y con arrogancia.*) Dejadme, dejadme, milord. No debo escucharos. (*Vase precipitadamente.*)

Oswaldo. ¡Sofía! ¡Sofía!... (*Se detiene en la puerta.*)

ESCENA XIII.

Oswaldo, *solo, y poco despues* Blifild.

Oswaldo. ¡Se marcha! Imprudente, ¿qué he hecho? Mi arrebato la ha obligado á huir de su morada. (*Blifild entra precipitadamente, mirando á todos lados.—Oswaldo le coge de la mano.*) ¡Ah! ven, corre.

Blifild. ¿Tras de quién?

Oswaldo. De Sofía. No; espera. Quizá aumentarias su enojo. Miserable, no sabes de qué manera te has equivocado, haciéndome mecer en la mas quimérica esperanza. Esa jóven es la misma virtud.

Blifild. (*Encogiéndose de hombros.*) Vamos, milord...

Oswaldo. Sí; tus indignas sospechas, tus inícuos consejos han sido causa de que llevara la turbacion y el espanto á un alma llena de candor.

Blifild. Milord, si fuese un bellaco ó un trapalon, os engañaria á vos tambien; pero el diablo me lleve si no creo que la tal niña hace uso de todos los manejos femeninos para embaucaros, y segun se gobierna, creo que hasta os haria contemplar las estrellas en medio del dia.

Oswaldo. Tunante...

Blifild. No riñamos, milord. Bajo palabra de honor estoy persuadido de que todo marcha á pedir de boca; no desbaratemos el juego. La niña os ama, os respondo de ello con mi cabeza; además no es ninguna huraña, y con un poco de oro, bastante oro, mucho oro...

Oswaldo. La calumnias, infame, y merecerias... ¿No he visto su rubor, su espanto, su indignacion? ¿no he visto?...

Blifild. No, milord; vos no habeis visto lo que hay en mi bolsillo, que habla mas alto que todo. Aquí está la verdad, y cuanto ella os ha hecho ver, no ha sido mas que pamplinas y maniobras de coqueta, inventadas por el diablo y perfeccionadas por la mujer.

Oswaldo. Tu seguridad me subyuga. ¿Habré sido engañado?

Blifild. Sí.

Oswaldo. ¿Sofía?...

Blifild. Representa su papel.

Oswaldo. Pero ¿y sus lágrimas?

Blifild. Son un incentivo para atraeros mejor.

Oswaldo. Pruébamelo ó te...

Blifild. (*Metiendo la mano en su bolsillo.*) Puesto que al fin y al cabo habeis de saberlo todo, escuchad. ¿Creeriais, milord, que esa bella Sofía, cuya indómita virtud os desespera tanto, hace cuatro meses que se halla vigilada por la autoridad?

Oswaldo. ¿Quién te lo ha dicho?

Blifild. ¡Toma! quien lo sabe de buena tinta. Cierto comercio de joyas, cuyo orígen no está muy claro, tiene en acecho á la justicia al rededor de estos sitios.

Oswaldo. Me espantas.

Blifild. Yo lo sabia ya; pero necesitaba pruebas para convenceros, y como queria aclarar vuestros temores acerca del joyero Rampsart, en cuanto os dejé, me puse en acecho en el jardin, desde donde podia verlo y oirlo todo. En efecto, á la hora de almorzar llegó el joyero y se pusieron á la mesa á tomar el té.

Oswaldo. Déjate de detalles supérfluos.

Blifild. No lo son. Despues de algunas palabras diestramente buscadas, se levantó la señorita. (*Hace cuanto va diciendo.*) Abre este pupitre, saca un estuchito (*saca de su bolsillo el que ya se conoce*), lo abre de esta manera, saca un anillo y lo presenta al joyero. (*Lo enseña á Oswaldo.*)

Oswaldo. ¿Qué diamante es ese?

Blifild. ¡Es soberbio!

Oswaldo. ¿Y bien?

Blifild. El joyero lo toma, lo examina, lo valúa, promete á Sofía el secreto, cuenta á Paterson doscientas libras esterlinas, y despues se guarda el estuche en el bolsillo. (*Tratando de metérselo tambien en el suyo.*)

Oswaldo. (*Deteniéndole.*) Pero, infame, ese diamante...

Blifild. Este diamante, milord, ¿no os está probando que la orgullosa beldad cuyos rigores os sacan de tino, no resiste á los ataques de las perlas y carbunclos? Y ese comercio clandestino ¿no os está revelando que otro mas diestro que vos la hace aceptar sus dones?

Oswaldo. Qué rayo de luz. ¡Cielos! ¿tendrá razon?

Blifild. (*Aparte.*) He dado en el blanco.

Oswaldo. ¡Cruel! ¡luego si esto es verdad, tengo un rival! ¿Y qué esperanza quieres que conserve aun?

Blifild. (*Aparte, metiéndose el estuche en el bolsillo.*) Ya es tiempo de dar el golpe decisivo. (*Alto y con resolucion.*) Milord, vos amais y sois correspondido; yo me encargo de lo demás. ¿Quereis que antes de doce horas os pertenezca Sofía; que se sienta encantada, arrebatada, transportada; que se eche en vuestros brazos, y se deje conducir por la posta á Lóndres, á París, á Roma ó á Pekin?

Oswaldo. ¿Qué dices? ¡Hacer tú semejante prodigio! y ¿por qué medios?

Blifild. Este es mi secreto. Os prometo á Sofía, y esto basta. Responded.

Oswaldo. ¿Dentro de doce horas?

Blifild. No mas.

Oswaldo. ¿Y me pertenecerá por su propia voluntad?

Blifild. Para llevárosla solo tendreis que tenderle los brazos.

Oswaldo. Pero...

Blifild. Despachad; mi plan está aquí. (*Señalando la cabeza.*) Ahora marchaos, porque el tiempo pasa, y van á volver.

Oswaldo. ¡Ay de tí si me engañas! Con que ¿me aseguras?...

Blifild. Me comprometo.

Oswaldo. Te has apoderado de mí como un génio fatal. Pues bien, si logro á Sofía sin resistencia de su parte, sin artería ni engaños, da por hecha tu fortuna.

Blifild. Sofía os pertenece. Partid, milord, y haced preparar una silla de posta con escelentes caballos. Sobre todo, proveeos de oro, de mucho oro.

Oswaldo. Pero...

Blifild. Nada de esplicaciones. Corred, volad; no hay que perder un minuto.

Oswaldo. Habla, y me entrego á tí.

Blifild. (*Haciéndole salir.*) Un coche, caballos, oro, mucho oro, y respondo de todo. (*Vase Oswaldo.*)

ESCENA XIV.

Blifild, *solo, y despues* Betzy.

¡Bravo! ya concluyó la batalla. Obremos ahora. ¿Estoy solo? (*Mirando á todos lados.*) Sí. (*Saca el estuche.*) Oh diamante, que á riesgo de mi cabeza he sacado mañosamente del bolsillo de Rampsart, voy á abandonarte. ¡Doscientas libras esterlinas! pero esto es una bagatela comparado con la fortuna que me espera. Veamos, ¿dónde lo ocultaré? (*Buscando.*) Allí; sí, en el pupitre... donde estaba... en el fondo. Cerremos; la llave en mi bolsillo. Ahora, bajo de cuerda, una palabrita á la justicia. William, el carcelero, es un pillete amigo mio que me servirá. El éxito será indudable, rápido, completo. Doce horas de tormentos, de alarmas, de tempestad, y despues aquí de tu látigo, cochero. (*Vase corriendo, pero antes de salir se le ve ocultarse rápidamente detrás de un árbol.—Entran Paterson y Betzy, y Blifild huye por detrás de ellos. Betzy deja á Paterson para llamar á Sofía, que sale de su habitacion y se acerca á su padre.*)

ESCENA XV.

Sofía, Paterson *y* Betzy.

Sofía. (*A su padre.*) ¿Os ha sentado bien el paseo, padre mio? (*A Betzy.*) Betzy, arreglalo todo. El señor Rampsart y los convidados pueden venir, y...

Betzy. Estad tranquila, señorita; esto se hace en un decir Jesus. (*Arregla las sillas y demás muebles.*)

Paterson. Pero, hija mia, ¿á quién esperas?

Sofía. Solo se trata de una sencilla reunion, en la que el buen humor del señor Rampsart hará todo el gasto. Pero mucho tarda.

Betzy. (*Mirando al jardin.*) Aquí viene. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

Sofía, Paterson *y* Rampsart.

Rampsart. (*Tirando el sombrero.*) Buenos dias.

Sofía. Vuestra ausencia nos inquietaba, y temia...

Rampsart. Figuraos cuanto hay de mas contradictorio, mas exasperador, mas irritante, y no lograreis formaros una idea de lo que estoy esperimentando en este momento.

Paterson. ¿Qué os ha sucedido?

Rampsart. La cosa mas rara. No bien os hube dejado, con mi diamante en el bolsillo, me mezclé como un badulaque entre una multitud de gente que contemplaba encantada como dos prójimos estaban rompiéndose las quijadas. Aquí me oprimen, allá me aplastan, y solo á fuerza de puñetazos logro desprenderme de aquella turba y llegar medio magullado al palacio de la duquesa.—«Señora duquesa, le dije, os traigo una joya encantadora, sublime, hecha, á no dudarlo, para el dedo de una reina.» (*Imitando la voz de mujer.*) —«¿Será posible? ¡qué

dicha! no hay hombre mas inhumano que este Rampsart. Enseñádmela, ardo en deseos...» y entonces, como un imbécil, eché mano al bolsillo; á este de aquí, á este otro, despues al del reloj, y... ¡nada! Me puse como un pimiento, la duquesa se mordió los labios, la doncella se rió en mis barbas, el lacayo me dirigió su pulla, y hasta un chistoso lorito que habia en una jaula, empezó á burlarse de mí soltando una carcajada. Corrido, con las orejas gachas y sin decir esta boca es mia, retrocedí buscando por qué puerta saldria mas pronto de aquella casa; pero ¡oh fatalidad! tropecé con una silla, caí con ella, hasta que por fin logré escabullirme entre las risotadas de una turba de lacayos. Resultado final, ¡me habian robado el diamante que os compré esta mañana!

SOFÍA. ¡Mi diamante!

PATERSON. ¿Será posible?

RAMPSART. Lo que me pone fuera de mí es el lucido papel que he hecho en casa de la duquesa. Al salir de allí, he corrido lleno de coraje á presentar mi denuncia, y toda la escolta de Thémis está ya en campaña.

SOFÍA. ¿Y qué habeis dicho?

RAMPSART. ¡Toma! que me habian robado el diamante.

SOFÍA. Pero ¿habeis nombrado á los que os lo han vendido?

RAMPSART. No; es un secreto, y os lo he sabido guardar.

ESCENA VIII.

Dichos y BETZY.

BETZY. (*Saliendo alarmada.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio!

SOFÍA. ¿Qué pasa?

BETZY. La justicia que está ahí.

TODOS. ¡La justicia!

BETZY. Y no es eso solo, sino que segun dicen vienen por la señorita Sofia.

SOFÍA. ¡Gran Dios!

RAMPSART. ¡Por tu señora!

SOFÍA. ¡Ah, padre mio! estamos descubiertos.

RAMPSART. ¡Descubiertos!

PATERSON. Hija mia, en nombre del cielo, ten prudencia.

BETZY. (*Trémula.*) Sí, señorita; no hay que espantarse. ¡Estoy muerta de miedo! Aquí está el constable.

ESCENA IX.

PATERSON, RAMPSART, SOFÍA, *el* CONSTABLE, BETZY, *el* ESCRIBANO, ALGUACILES *y* GUARDIAS.

CONSTABLE. Servidor, señores. Escribano, colocaos aquí. (*Adelantan la mesa y el escribano se sienta junto á ella.*)

PATERSON. Señor constable, no puedo esplicaros mi sorpresa. ¿Qué motivo puede traeros por aquí?

CONSTABLE. (*Tomando un polvo.*) Eso es precisamente lo que voy á tener el honor de deciros.

PATERSON. ¿Pero en virtud de qué órden?...

CONSTABLE. De órden de la ley, caballero. ¿Conoceis la ley? la tengo en mi bolsillo, pues nunca se aparta de mí. Con vuestro permiso vamos á proceder á las formalidades prescritas. (*Se sienta en un sillon cerca de la mesa.*)

RAMPSART. (*Aparte.*) El diablo cargue con él y sus formalidades.

CONSTABLE. *Incipimus*. Aproximaos, señorita.

SOFÍA. ¿Yo, caballero?

CONSTABLE. Vos misma, vos. (*Sofía se acerca, y el constable se cala los antojos para examinarla.*) ¡Ah! ¡qué ojuelos!... ¡qué talle!... No me parece mal.

RAMPSART. ¿Es esa vuestra manera de interrogar, señor constable?

CONSTABLE. Algunas veces, caballero; por lo demás, cuando se os pregunte, responderéis.

BETZY. (*Aparte.*) ¡Habrá pícaro!

CONSTABLE. Señorita, decidnos vuestros nombres y circunstancias. (*Sofía mira á su padre.*)

PATERSON. ¿A qué preguntárselos, caballero? yo soy su padre.

CONSTABLE. No es con vos con quien he de entenderme.

PATERSON. (*Con estrañeza.*) ¿Conmigo no?

CONSTABLE. (*A Sofía.*) Responded. ¿Cómo os llamais?

SOFÍA. (*Temblando.*) Sofía... Paterson.

CONSTABLE. (*Al escribano.*) Escribid. (*A Sofía.*) ¿Qué edad teneis?

RAMPSART. (*Impaciente.*) Eso no se pregunta.

SOFÍA. Diez y nueve años.

CONSTABLE. ¿Cual es vuestra patria?

SOFÍA. (*Titubeando.*) Irlanda.

CONSTABLE. ¿Y vuestra profesion?

RAMPSART. ¡Ah!

SOFÍA. Pinto miniaturas.

CONSTABLE. (*Remedando su tono.*) Y tambien vendeis alhajas y diamantes.

SOFÍA. (*Sorprendida.*) ¡Caballero!

RAMPSART. ¿Quién os ha dicho eso?

CONSTABLE. ¿Sois vos aquí, caballero, quien haceis las veces de constable?

PATERSON. Proseguid; proseguid y decidnos por favor el objeto de este estraño interrogatorio.

CONSTABLE. (*Levantándose.*) Proseguiré, señor mio; mi deber es proseguir. (*El escribano continúa escribiendo.*) Señorita Sofia Paterson, ¿habeis vendido en el dia de hoy un diamante al señor Mateo Crisóstomo Rampsart?

RAMPSART. ¡Cómo!

CONSTABLE. (*Impaciente.*) Creo que hablo claro. (*A Sofía.*) ¿Le habeis vendido un diamante por el precio de doscientas libras esterlinas?

SOFÍA. ¿Yo?

CONSTABLE. Vos. Contestad; ¿se lo habeis vendido?

SOFÍA. (*Tímidamente.*) No, señor.

RAMPSART. ¡Cómo!... ¡Ah! pero... (*Paterson le retiene.*)

CONSTABLE. (*Dictando al escribano.*) Cuya señorita, despreciando la autoridad de la justicia, ha negado...

SOFÍA. (*Turbada.*) Perdonad, señor; lo he vendido. (*Movimiento general.*)

CONSTABLE. Confesándolo despues.

RAMPSART. ¡Es claro! ¿Qué misterio para una cosa tan sencilla? Esta mañana la señorita me ha vendido una joya; la he comprado, pagado, perdido y buscado. Esto es todo, y el diablo cargue conmigo si comprendo cómo habeis podido saber...

CONSTABLE. La justicia lo sabe todo, caballero. Vos habeis presentado la denuncia, reclamais vuestro diamante, se procede para devolvéroslo, y vais á quedar altamente sorprendido. Alguaciles, mandad que guarden las puertas. (*Los guardias se colocan en las diferentes salidas.*)

PATERSON. ¿Cuál es vuestro designio?

BETZY. ¿Qué irán á hacer?

SOFÍA. (*Pasando al lado de su padre.*) ¡Padre mio!

PATERSON. Esperemos que se aclare este misterio.

CONSTABLE. Señorita, vamos á proceder al registro en vuestra presencia.

SOFÍA. ¡Al registro! ¿Qué buscais, caballero?

CONSTABLE. El diamante, señorita.

RAMPSART. ¿El que me han robado?

PATERSON. ¿Y osaríais reclamarlo aquí?

RAMPSART. Estais loco, señor.

CONSTABLE. Poco á poco; soy constable, y sé lo que digo y lo que hago. Señorita, entregadme vuestras llaves, si lo teneis á bien.

SOFÍA. (*Fuera de sí.*) Caballero, yo no tengo ninguna llave; mirad, todo está abierto... todo está abierto... podeis entrar.

PATERSON. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*) ¡Este ultraje á mis canas!

RAMPSART. (*Tomándole la mano.*) Amigo mio, paciencia.

CONSTABLE. (*A los alguaciles, que se disponen á entrar.*) Un momento. (*Señalando el pupitre, dice bajo y aparte*): Allí está el mueble que se me ha designado... (*Alto á Sofía.*) ¿Os pertenece aquel pupitre?

SOFÍA. Sí, señor, es...

CONSTABLE. (*Examinándolo.*) Está cerrado.

SOFÍA. Betzy, ¿tienes la llave?

BETZY. Yo no la he quitado.

SOFÍA. Ni yo tampoco. ¿Se habrá perdido?...

CONSTABLE. ¡Bravo! Se perdió la llavecita. (*A uno de los de su séquito.*) Descerrajadlo.

PATERSON. Romped ese mueble y terminad cuanto antes mi suplicio.

RAMPSART. (*A Paterson.*) Moderaos, amigo mio; pronto va á saberse la verdad. (*Sofía, con el pañuelo en el rostro, está apoyada en el respaldo del sillon de su padre. El constable, despues de buscar en el pupitre, encuentra el estuche y lo abre. Betzy lo mira con atencion.*)

BETZY. ¿Y bien, señor?...

CONSTABLE. (*A Rampsart.*) ¿Es esta la joya que se os ha robado?

RAMPSART. (*Tomando el anillo.*) ¡Gran Dios! ¡mi diamante! (*Paterson se levanta y Sofía queda anonadada de espanto.*) Sí; es el mismo. (*Sofía se adelanta y Rampsart se lo presenta.*) Señorita...

SOFÍA. (*Dando un grito de horror.*) ¡Ah!

PATERSON. ¡Hija mia! (*Se acerca y mira el anillo.*) ¡Justo cielo, qué horror!

SOFÍA. ¿Dónde estoy? ¡Esto es imposible! (*Rampsart se lo enseña de nuevo.*) Sí .. ¡Ah, padre mio!... (*Cae desmayada en los brazos de Betzy y Paterson.*)

CONSTABLE. (*Tomando el anillo de las manos de Rampsart, que se halla aterrado.—A los alguaciles.*) Llevaos á esa señorita y encerradla en la cárcel.

RAMPSART. (*Volviendo en sí.*) Deteneos... ¡Está desfallecida!

PATERSON. (*Desesperado.*) Por piedad, dejadme al menos socorrerla.

CONSTABLE. Debo cumplir mi deber. (*Al escribano.*) Acabad el sumario.

SOFÍA. (*Cayendo en un sillon.*) Yo muero. (*Paterson y Betzy la rodean.—Rampsart detiene á los guardias y alguaciles, que dan un paso hácia Sofía.—El constable queda cerca de la mesa, dictando al escribano.*)

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la sala de entrada de la cárcel. A la izquierda del actor se ve el postigo ó puerta de entrada, muy bajo. A la derecha una ventana cuya reja estará cerrada con un gran candado. Mas allá, en el mismo lado, la puerta de un calabozo, y en el fondo un corredor que comunica al interior de la cárcel. En el foro, á la derecha, una escalera que conduce á la sala de justicia.—Es enteramente de noche, y el teatro está débilmente alumbrado por una lámpara.—A la derecha, cerca de la ventana, se ve una mesa de madera, sobre la cual habrá un enorme registro, con todo lo necesario para escribir, y además un jarro y vasos. Dos ó tres malas sillas ó bancos estarán diseminados por la escena.

ESCENA I.

WILLIAM, *solo, y poco despues* JACOBO.

(*Al levantarse el telon, William estará sentado cerca de la mesa, con el jarro entre las piernas, un vaso en una mano y en la otra una pipa, que encenderá en la lámpara. Mientras que se halla en ésta posicion, se oyen á lo léjos tres toques de bocina.*)

WILLIAM. Ya suena la bocina en la gran torre, señal de que es media noche y me quedan aun tres interminables horas de guardia; despues me iré á echar un sueño... (*Bosteza.*) No tendria inconveniente en dormirme aquí; pero si entretanto traen algun ladron ó algun borracho... (*Echándose vino.*) Borrachos sobre todo... Abundan tanto en este país... (*Bebe.*) Es un maldito vicio. (*Vuelve á echarse vino.*) ¡Bah! no me dormiré. Echemos un trago y fumemos. (*Bebe.*) Ahora que me acuerdo, ¿qué diablos significará lo que me escribió ayer mi antiguo camarada Blifild? Aquí tengo su billete. (*Saca una carta y lee, acercándose á la lámpara.*) «Querido William: me hallo á punto de realizar una escelente operacion, y si tú continúas siendo muchacho de talento, puedes dar por hecha nuestra fortuna.» Pues claro está; yo soy siempre un muchacho de talento. (*Continúa.*) «Prepara tu hatillo...» ¡Mi hatillo! «Está dispuesto, y espérame.» Vaya si le esperaré. (*Llaman.*) ¿Quién? Cuando yo decia que me traerian alguno... Ya veremos lo que significa este billete. (*Lo guarda en el bolsillo.*) Quizá sea algun pillastre que se habrá dado de cachetes en la taberna. (*Llaman de nuevo.*) Ya va.—Tambien podria ser la justicia. Ocultemos esto. (*Mete el jarro debajo de la mesa.*)

UNA VOZ. (*Dentro.*) ¡Hola! la justicia.

WILLIAM. Tate, ¡la justicia! Lo habia adivinado. (*Abre la ventanilla de la puerta y mira.*) ¡Ah! es el constable, con una mujer... una jóven... no distingo bien lo que es, pues está tan oscuro...

LA VOZ. (*Fuera.*) Despachad.

WILLIAM. (*Cerrando la ventanilla.*) Esperad, voy á despertar al conserje. (*Se dirige á la entrada del corredor y toca una campana.*)

JACOBO. (*Dentro*) ¿Quién va? ¿quién es? (*Se le oye bostezar.*)

WILLIAM. Arriba, maese Jacobo; viene gente. Levantaos pronto.

JACOBO. (*Dentro.*) ¿Quién llama?

WILLIAM. El constable.

JACOBO. ¿Qué es lo que quiere?

WILLIAM. Venid á saberlo. (*Sale del corredor Jacobo, medio dormido, con una linterna en la mano y un atado de llaves en la otra.*)

JACOBO. (*Bostezando.*) Que el diablo se lleve... al constable. Estoy durmiendo.

WILLIAM. (*Sacudiéndole.*) Despertaos.

JACOBO. ¿Qué hora es?

WILLIAM. Las doce.

JACOBO. Pues es muy temprano. (*Ambos se dirigen á la mesa.*) Échame un traguito. (*William toma el jarro y llena dos vasos. Llaman al postigo.*)

LA VOZ. (*Fuera.*) Abrid de una vez.

JACOBO. Al momento; voy á tomar las llaves. (*Llaman.*)

LA VOZ. ¿Acabareis?

JACOBO. (*Agitando las llaves.*) Ya estoy aquí. (*Bebiendo tranquilamente con William.*) Apuesto cualquier cosa á que el que traen no tiene tanta prisa.

WILLIAM. Es una mujer.

JACOBO. Tanto mejor; me gusta el bello sexo. Voy corriendo á abrir para no hacerla esperar. (*William vuelve á colocar el vaso debajo de la mesa, y Jacobo va á abrir el postigo. El constable, el escribano y dos alguaciles, entran con Sofía. Esta ha cambiado de traje y lleva un sombrero de paja y un pañuelo escocés.*)

ESCENA II.

El CONSTABLE, JACOBO, WILLIAM, SOFÍA, *el* ESCRIBANO *y los* ALGUACILES.

CONSTABLE. ¡Canario! maese Jacobo, siempre nos haceis constipar esperando á la puerta. ¿Creeis que hace calor? Entrad vosotros, y cerrad.

JACOBO. (*Despues de haber cerrado.*) No os incomodeis, señor constable; verdaderamente he tardado un poco, pero es porque de noche anda uno algo torpe. (*Nadie hace caso de Sofía, que permanece en pié, llorando en silencio.*)

CONSTABLE. (*Al escribano.*) Verificad el registro de la señorita. (*El escribano se sienta á la mesa, abre el registro y se dispone á escribir.*)

JACOBO. (*Al escribano.*) Aquí teneis todo lo necesario; la pluma es buena; echadle un poco de vino á la tinta. (*El escribano lo hace así.*) ¿Y qué nos traeis por acá? (*Al constable.*)

CONSTABLE. Una jóven.

JACOBO. Ya lo veo; pero ¿á qué cofradía pertenece? (*Se aproxima á Sofía y la examina.*) ¡Diantre! es una alhaja. No vienen muy á menudo aves de tan lindo plumaje. (*Aproxima bruscamente una silla, coge del brazo á Sofía y la hace sentar rudamente.*) Sentaos querubin.

SOFÍA. (*Asustada.*) ¡Dios mio!

JACOBO. No tengais miedo, que aun no se os ha hecho ningun mal, y se os guardarán todos los miramientos si teneis... (*Señalando dinero.—Sofía permanece como anonadada.*)

CONSTABLE. (*Al escribano, señalando el registro.*) Aquí, en esta columna... «Ladrones»; que no olvideis nada.

JACOBO. (*Acercándose de nuevo al constable.*) ¿Y por qué la han prendido?

CONSTABLE. Por robo de diamantes.

JACOBO. ¿La habreis prendido muy tarde?

CONSTABLE. No, á las seis; pero entre desmayos y lagrimitas.... nunca se acaba con las mujeres. Prefiero arrestar diez tunos en la taberna.

WILLIAM. (*Que vuelve con una botella y varios vasos.*) Vaya un traguito.

JACOBO. Echa. (*Mientras que William echa vino, Jacobo mira el registro del escribano.*) Sofía Paterson... No la conozco; aun no ha venido por aquí.

SOFÍA. (*Estremeciéndose al oir pronunciar su nombre.*) ¿Dónde estoy? ¡Ah, justo cielo! Dios mio, no me abandoneis. (*Los alguaciles y los dos carceleros se distribuyen los vasos de aguardiente.*)

JACOBO. (*Dando un vaso á William.*) Preguntadle si quiere echar un trago, pues es preciso ser galante con el bello sexo.

WILLIAM. (*Con dureza.*) Señorita, ¿quereis beber?

SOFÍA. (*Temblando.*) Gracias, señor. (*Aparte.*) Me hacen estremecer.

WILLIAM. Como gusteis; aquí no se gastan cumplimientos. A vuestra salud. (*Todos trincan, beben y no se acuerdan mas de Sofía.*)

SOFÍA. (*Aparte.*) ¿Y habré de permanecer entre semejante gente?... No me atrevo á alzar la vista.

JACOBO. Voy á llenar la ceremonia... con urbanidad, se entiende. William, venga la linterna. (*William se la da.*) Atencion, ¿oyes?

WILLIAM. Id. (*Jacobo, con la linterna en la mano, pasa delante de Sofía alumbrándole el rostro, y William le sigue. Sofía se muestra aterrorizada.*)

JACOBO. Está bien; esto basta. (*Devolviendo la linterna á William.*) ¿Has visto?

WILLIAM. (*Llevándose el dedo á la frente.*) Aquí queda grabado. (*Deja la linterna sobre la mesa.*)

JACOBO. (*Quedándose cerca de Sofía.*) Decidme, niña hermosa, ¿cómo se os ha de tratar?

SOFÍA. (*Levantándose.*) Yo no sé, señor... como querais. Lo que puedo deciros es que no soy culpable. (*William suelta una carcajada.*)

JACOBO. Esto no es negocio mio. Os pregunto únicamente si deseais tener una habitacion, una cama, una silla y de comer.

SOFÍA. ¡Oh! sobre todo un cuarto en donde pueda estar sola, donde pueda llorar sin testigos.

JACOBO. Está bien, muy bien. (*Tendiéndole la mano.*) Veamos vuestro bolsillo.

SOFÍA. ¿Mi bolsillo?

JACOBO. Sí; el dinero con que contais.

SOFÍA. No tengo nada, señor; se han llevado de mi casa cuanto poseía.

JACOBO. ¿No teneis dinero? ¡Cáspita! en este caso, bella niña, es muy diferente. Nada de habitacion, de cama, de silla ni de cocina; pero no os apureis, que no estareis tan mal. Comereis el pan de la casa, no muy blanquito... dormireis sobre fresca... paja, y vivireis en la amable compañía de una docena de Lucrecias, que no incitan á la melancolía. ¿Qué tal?

SOFÍA. ¡Gran Dios! entre mujeres criminales.

JACOBO. No; nada de eso. Si viven á la sombra, es solamente como vos, por hurtillos sin importancia. Estareis divinamente, y antes de quince dias vivireis mas contenta que una princesa. Os lo aseguro; sino preguntádselo á William.

WILLIAM. Ya lo creo; tanto, que no querreis salir mas.

SOFÍA. (*Prorumpiendo en llanto.*) ¡Cielos! antes morir.

CONSTABLE. ¿Qué le estais cantando?

JACOBO. ¡Toma! mi cartilla ordinaria. Si no tiene dinero, irá con las demás.

CONSTABLE. Os engañais. El robo es importante, y el negocio será muy grave; por lo tanto pondreis incomunicada á la señorita.

SOFÍA. (*Escuchando.*) ¡Ah! respiro.

WILLIAM. No teneis porque alegraros, pues la habitacion no es muy alegre que digamos.

SOFÍA. Al menos, estaré sola.

WILLIAM. Si, pero sin luz.

SOFÍA. Rogaré á Dios.

WILLIAM. Como querais.

JACOBO. (*Que ha estado hablando en voz baja con el constable.*) Está muy bien. William, abre el calabozo. (*William va á abrir.*)

CONSTABLE. Os recomiendo la mas esquisita vigilancia. Yo voy á poner estos papeles sobre el bufete del magistrado.

SOFÍA. Caballero...

CONSTABLE. ¿Qué es eso? ¿Qué me quereis?

SOFÍA. En nombre del cielo, señor, dignaos instruirme sobre mi suerte. ¿Qué será de mi? ¿Con qué pena se me castigará si no me es posible probar mi inocencia?

CONSTABLE. La ley, señorita, es muy terminante acerca de este punto, y el artículo 3.° párrafo 7.° os condena á esposicion pública y reclusion perpétua.

SOFÍA. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Ah! ¡Dios mio, tened piedad de mí! (*Cogiendo las manos del constable.*) Señor, ¡soy inocente! ¡soy inocente!

CONSTABLE. ¡Canario! no acabaremos hoy. Bueno, ya direis todo eso á vuestros jueces. Vamos, Jacobo.

JACOBO. (*Levantándola.*) Levantaos, levantaos, bella ninfa. Nosotros estamos muy acostumbrados á estas jeremiadas. Id, id á lamentaros ahí dentro á vuestro gusto, y mañana se lo esplicareis todo á vuestro abogado.-William, al calabozo. Señor constable, voy á abriros. (*Toma las llaves, y William la linterna.*) ¿Volvereis por aquí al salir?

CONSTABLE. No; pasaré por la sala de justicia.

JACOBO. Los corredores están siempre alumbrados. (*William coge del brazo á Sofía y la conduce al calabozo. Jacobo acompaña al constable, á quien siguen los demás. Despues William y Jacobo vuelven á la escena.*)

ESCENA III.

JACOBO *y* WILLIAM.

JACOBO. ¡Vaya una fortuna que tendrá la casa con esta señorita! ni un ochavo, y lloriqueos continuos. Yo daria cien presos como estos por una peseta. Vaya, vaya; me vuelvo á mi cama.

WILLIAM. Pues yo voy á fumar y á apurar mi jarro.

JACOBO. ¿Cuántas horas te quedan de guardia?

WILLIAM. Dos y media.

JACOBO. Vendré á relevarte. ¡Ah! escucha: para que no tenga que volver á levantarme si viene la patrulla ó la ronda, te dejaré las llaves ahí. (*Señalando la mesa.*)

WILLIAM. Está bien.

JACOBO. Buenas noches.

WILLIAM. Buenas noches. (*Jacobo tóma su linterna y deja las llaves sobre la mesa.*)

ESCENA IV.

WILLIAM, *solo, y poco despues* BLIFILD.

WILLIAM. Héme aquí guardian en jefe; pero no será gran de mi tarea. Veamos dónde paran mis vituallas. (*Al tomar el jarro llaman á la puerta.*) ¿Otra vez? esta es noche de aventuras.

UNA VOZ. (*Fuera.*) Abrid al oficial del cuerpo de guardia.

WILLIAM. ¡El oficial del cuerpo de guardia! pues es la ronda. Veamos. (*Abre la ventanilla.*) Sí por cierto; reconozco su capa.

LA VOZ. William, abrid pronto.

WILLIAM. Voy. (*Abre y entra Blifild con capa y sombrero de oficial, recatándose el rostro. —William le mira con estrañeza.*)

BLIFILD. (*Deteniendo á William antes de cerrar la puerta.*) Un momento. ¿Estais solo?

WILLIAM. Sí.

BLIFILD. Cerrad. (*William cierra.*) Bien.

WILLIAM. (*Con desconfianza.*) ¿Qué diablos es esto?

BLIFILD. ¡Chist! Ahora, maese William, no hagais ruido; nada de estrépito. (*Quitándose la capa y el sombrero.*) Soy yo, tu amigo, tu camarada Blifild.

WILLIAM. ¡Eh!

BLIFILD. Chist!... Sabia que estabas de guardia y he tomado este disfraz para llegar hasta tí sin ser observado, pues de otro modo me hubiera sido imposible penetrar aquí durante la noche.

WILLIAM. ¡Ya lo creo! Pero qué diablos... ¿No estás ya al servicio de tu obeso gentleman, ó has hecho alguna de las tuyas y vienes á ocultarte precisamente en la cárcel? No seria mala la idea.

BLIFILD. Como has dicho muy bien, ya no sirvo á mi gentleman, sino á un jóven lord. Intento un soberbio golpe, cuya ejecucion espanta á primera vista, pero que con un poco de maña se llevará indudablemente á cabo; y como ya te tengo dicho en mi billete...

WILLIAM. Lo he recibido; hélo aquí.

BLIFILD. Quiero que participes de mi buena fortuna.

WILLIAM. ¿De tu buena fortuna? Con alma y vida.

BLIFILD. Ante todo respóndeme. ¿Os han traido esta noche una jóven?

WILLIAM. Hace un momento.

BLIFILD. ¿Acusada de robo?

WILLIAM. Eso mismo.

BLIFILD. ¿Llamada Sofía Paterson?

WILLIAM. Hé aquí su registro.

BLIFILD. ¿Qué ha sido de ella? ¿en dónde está?

WILLIAM. Sola en un calabozo.

BLIFILD. Bravo; muy bien. Temia que la hubieseis reunido á la sociedad, y corria á remediarlo.

WILLIAM ¡Bah! ¿La conoces?... Es estraño, porque tiene un aire tan inocente...

BLIFILD. Estamos enamorados de ella.

WILLIAM. ¿Nosotros dos?

BLIFILD. No; mi amo, mi milord.

WILLIAM. (*Adivinando.*) ¡Ah!

BLIFILD Pero dime, ¿estás seguro de que nadie vendrá á interrumpirnos.

WILLIAM. Nadie.

BLIFILD. ¿Ninguna ronda de noche, ninguna visita?

WILLIAM. No lo creo.

BLIFILD. Al venir aquí me ha parecido ver luz en la sala de justicia.

WILLIAM. Es el constable que en este momento acaba de instalarse en ella.

BLIFILD. Es preciso tomar algunas precauciones... Vé á

asegurarte de si aun está allí, y en tal caso echa un buen cerrojo que nos libre de toda inquietud. Vuelve al instante y hablaremos de nuestros negocios.

WILLIAM. Soy contigo al momento.

ESCENA V.

BLIFILD, *solo.*

Ea, Blifild; atrevimiento, audacia. Es necesario salir de este laberinto triunfante... ó ahorcado. ¡Diantre! no creí que la cosa tomase tan sérias proporciones. Ya habia previsto que Sofía seria arrestada, pero sin exámen y sin interrogatorios, de manera que con un poco de oro todo hubiera podido arreglarse; pero ese maldito constable ha instruido un sumario, y la pobre muchacha estará perdida... Pues ¿y milord? está echando chispas. Ha sido preciso decírselo todo, y á buen seguro que á no ser por la creencia en que está de que sin mí no podria salvar á su amada, me hubiera estrangulado vivo. Sin embargo, gracias á mi astucia, le tengo ligado por todas partes; carece de pruebas contra mí, y si llega á hablar, él mismo se compromete. En cuanto á Sofía, nos pertenece, pues será muy necia si no se arroja en nuestros brazos... (*Saca el reloj.*) La una, y ese maldito William... Ya está aquí.

ESCENA VI.

BLIFILD *y* WILLIAM.

WILLIAM. Todo está en órden, y podemos permanecer tranquilos.

BLIFILD. Bien. Dime ahora sin discursos, preámbulos ni comentarios, ¿quieres ganar esta noche doscientas guineas?

WILLIAM. Pues no que no. Y ¿qué es necesario hacer para ello?

BLIFILD. Una bagatela: es preciso... (*Mirando á su alrededor.*) Es preciso que ayudemos á salvar á la jóven prisionera.

WILLIAM. ¡Ca! Me colgarian.

BLIFILD. ¿Y qué te importa eso?

WILLIAM. ¡Cómo!

BLIFILD. ¿No has estado diez veces á punto de serlo? pues bien, esta será la undécima. Además, no llegará este caso, pues entrarás al servicio de milord, y te vendrás con nosotros.

WILLIAM. Eso es muy diferente. Vamos, esplícate un poco mas.

BLIFILD. Mi amo, tú y yo, nos llevamos á Sofía y partimos esta noche para Francia.

WILLIAM. Eso es claro como el dia; pero antes de partir, es preciso salir de aquí, y ¿cómo hacerlo estando la guardia en la puerta, los carceleros velando, Jacobo en pié antes de dos horas, y la justicia rondando?

BLIFILD. Todo lo he previsto. (*Cogiéndole por el brazo y haciéndole mirar hácia la ventaña enrejada.*) ¿No puedes obtener fácilmente la llave de la reja que cierra aquella ventana?

WILLIAM. Aquí tengo el manojo. (*La busca.*) Héla aquí.

BLIFILD. A tres piés del suelo está el antiguo terraplen, en el que no se halla ni un centinela, y á cien pasos el camino real, donde hay preparada una berlina con cuatro fogosos corceles. Tú estás de guardia hasta las tres, y á las dos estaremos allá; á esa hora toda tu gente duerme, el conserje ronca, y ni un gato se despierta. A seis leguas de aquí se halla la frontera; con que... ¿qué me dices?

WILLIAM. (*Despues de mirar á su alrededor.*) ¿Y me aseguras que tendré?...

BLIFILD. Doscientas guineas y un empleo delicioso... y sobre todo de provecho.

WILLIAM. Ve á buscar el coche.

BLIFILD. ¡Bravo! (*Poniéndole la mano en el pecho.*) Reconozco tu buen corazon. (*Tendiéndole la mano.*) Toca estos cinco, amigo mio.

WILLIAM. No hay mas que hablar, todo lo arrostro. ¿Y la niña sabe?...

BLIFILD. No. ¡Canario! nada de confidencias. ¿No hallarias un pretesto para que estuviese vestida?

WILLIAM. Si no quiere acostarse.

BLIFILD. Tanto mejor. Milord en persona vendrá por ella. Abre pronto. (*Señalando la reja.*)

WILLIAM. ¿Quieres salir por ahí?

BLIFILD. No es prudente dejarme ver por aquí.

WILLIAM. Tienes razon. (*Sacando una llave del manojo.*) Aquí está la llave. (*La mete en el candado.*) ¿Vienen?

BLIFILD. No. (*William abre la reja.*)

WILLIAM. (*Mirando por la ventana.*) Nadie... Negro como boca de lobo... Vete volando.

BLIFILD. (*A caballo sobre la ventana.*) A las dos.

WILLIAM. Te espero. No tardes mas, pues solo estoy de guardia hasta las tres.

BLIFILD. Ya lo sé. ¿Sofía estará preparada?

WILLIAM. Todo estará listo. (*Blifild salta y desaparece.—William cierra la reja sin poner el candado.*)

ESCENA VII.

WILLIAM, *solo.*

Dejemos la reja entornada... Ese Blifild es el pícaro mas rematado y mas ladino que come pan. Es raro que lord Oswaldo se haya enamoricado de... Empecemos á preparar el terreno. (*Mirando hácia el corredor.*) La cosa será á las dos, y no hay que perder tiempo. Primeramente (*abre un armario*) veamos si mis armas se hallan en buen estado. ¿Haré un lio de mi ropa? No; los otros querrian saber... En cuanto á mi dinero contante... (*Saca algunas monedas del bolsillo.*) Trece chelines y seis peniques... Ya estoy listo para el viaje. (*Llaman fuerte al postigo.*) Creo que han llamado. (*Llaman otra vez con precipitacion.*) ¿Si nos habrán descubierto? (*Abre la ventanilla.*) ¿Quién va?

UNA VOZ. (*Fuera.*) El magistrado.

WILLIAM. (*Consternado.*) ¡El magistrado! (*Coloca precipitadamente sus armas en el armario y se dispone á abrir. —Aparece el magistrado, seguido de un secretario que lleva varios papeles, y hace entrar detrás de él á Paterson, apoyado en el brazo de Betzy.*)

ESCENA VIII.

El MAGISTRADO, PATERSON, WILLIAM, BETZY *y el* SECRETARIO

(*Betzy, al entrar con Paterson, mira hácia todas partes con aire estupefacto.—William no cierra la puerta hasta que el magistrado le indica con un ademan que deje entrar á Paterson y Betzy.*)

MAGISTRADO. Buenas noches, William. ¿Estabais velando?

Bien hecho. Me gusta ver que todos cumplen con su deber. (*Reparando en la admiracion de William, que está examinando á Paterson.*) No os inquieteis, pues ese anciano y su criada han venido conmigo. Haced venir al conserje.

WILLIAM. (*Turbado.*) ¿El conserje, señor magistrado?

MAGISTRADO. Si, despachad, pues tengo prisa.

WILLIAM. (*Aparte.*) Malo. (*Mirando á la reja.*) Si llegase á notar... *Se dirige al fondo y toca la campana.*)

BETZY. (*Mirando á su alrededor.*) ¡Dios mio! ¡qué casa mas fea!

JACOBO. (*Dentro.*) ¿Qué hay? ¿Otra vez?

WILLIAM. (*Llamando á Jacobo.*) El señor magistrado. (*Vuelve al proscenio.*)

MAGISTRADO. (*Con bondad á Paterson.*) No os asusteis.

WILLIAM. Aquí viene, señor magistrado. (*Aparece Jacobo por el corredor, con la linterna en una mano y el gorro de dormir en la otra.*)

ESCENA IX.

Los mismos y JACOBO.

JACOBO. Servidor vuestro, señor magistrado. Me habia echado un momento; pero William, que estaba de guardia, es un muchacho seguro...

MAGISTRADO. Jacobo, esta noche no os volvereis á acostar.

JACOBO. Como gusteis, señor magistrado.

MAGISTRADO. Haced iluminar la sala de justicia, pues acabo de recibir despachos de Lóndres que me obligan á trabajar sin perder momento.

WILLIAM. (*Aparte.*) Malo, malo.

MAGISTRADO. Me vuelvo á mi bufete, en donde permaneceré hasta que amanezca.

WILLIAM. (*Aparte.*) ¡Demonio!

MAGISTRADO. Me seguireis, pues tengo nuevas instrucciones que comunicaros.

WILLIAM. (*Aparte.*) Esto ya es otra cosa.

JACOBO. ¿Y el señor magistrado pasará la noche en el palacio? Como esto sucede á menudo, todo está listo é iluminado. Además, el señor constable y su escribano acaban ahora mismo de subir. Pero, ¿y estas dos personas?

MAGISTRADO. Un momento. (*Habla con el secretario.*)

BETZY. (*A Paterson, señalando á William.*) Mirad, señor... ¡Y cuántas llaves!

MAGISTRADO. (*Al secretario.*) Subid delante y encabezad esas respuestas; yo os sigo al momento. (*El secretario sube á la sala del consejo.*)

BETZY. (*Siguiéndole un poco y mirando.*) ¿A dónde se va por ahí?

WILLIAM. (*Deteniéndola por el brazo.*) Eso no os importa.

BETZY. ¡Ay, señor! ¡qué maneras!

MAGISTRADO. (*A Jacobo.*) ¿Habeis recibido aquí esta noche una jóven llamada Sofía Paterson?

WILLIAM. (*Aparte.*) Adios, se trata de ella.

JACOBO. Si, señor magistrado. El constable me ha ordenado que la pusiera incomunicada.

BETZY. ¿Qué quiere decir eso de incomunicada?

WILLIAM. Que no se puede hablar con nadie.

BETZY. ¡Ay! yo me moriria.

MAGISTRADO. Este anciano es su padre y esta jóven su sirvienta. Sin hacer estensiva esta gracia á nadie mas, les permito comunicar con ella, y podeis recibirles.

WILLIAM. (*Aparte.*) ¡Uf! buena la hicimos. ¿Y cómo arreglarme?...

JACOBO. Y este permiso ¿se lo habeis dado por escrito? El reglamento...

MAGISTRADO. No hay mas reglamento que mis órdenes.

BETZY. (*Aparte.*) Tómate esa.

JACOBO. (*Con tono sumiso.*) Eso es diferente, señor magistrado. William, vé por la señorita. (*Bajo.*) Vaya, se conoce que hay quien la protege.

PATERSON. (*Al magistrado.*) ¡Ah! Caballero, contad con el eterno agradecimiento de un padre.

BETZY. (*Con efusion.*) Y con el de una humilde criada. (*Paterson coge una mano al magistrado, y Betzy le besa la otra.*)

MAGISTRADO. Me considero dichoso, caballero, cuando sin menoscabar la justicia puedo atemperar la severidad de la ley. Sé muy bien el respeto que merece la ternura de un padre y la desgracia de un anciano.

PATERSON. ¡Cuánto mas generosa seria vuestra conducta si conociéseis la inocencia y las virtudes de mi hija!

MAGISTRADO. Se la juzgará, caballero. Ahora permaneced aquí. (*A Jacobo.*) Alumbradme.

JACOBO. (*A William.*) Un cuarto de hora; ni un minuto mas.

WILLIAM. Estad tranquilo, quizá será menos. (*Jacobo alumbra al magistrado, y sale con él por la escalera que conduce á la sala de justicia.*)

ESCENA X.

PATERSON, BETZY, WILLIAM *y en seguida* SOFÍA.

WILLIAM. (*Aparte.*) Nada se ha visto.

PATERSON. Señor, debeis comprender la impaciencia de un padre, y por lo tanto os suplico que no tardeis en hacerme ver á mi hija.

WILLIAM. En seguida; tengo tanta prisa como vos. (*Mira al corredor y saca el reloj.—Aparte.*) Aun faltan veinte minutos, y tendremos tiempo con tal que el diablo... Despachemos.

BETZY. ¿Debemos seguiros?

WILLIAM. (*Rudamente.*) No. (*Abre la puerta del calabozo.*)

BETZY. ¡Ay! ¡qué ruido tan siniestro el de esa puerta!

WILLIAM. (*A Sofía.*) Venid, venid; no tengais miedo. Es vuestro padre.

SOFÍA. (*Sin sombrero.*) ¡Padre mio!... ¡padre mio! (*Se echa en sus brazos.*)

PATERSON. (*Estrechándola.*) ¡Sofía de mi corazon!

BETZY. (*Besándole la mano.*) ¡Ah, señorita!

WILLIAM. (*En tanto que Paterson y Sofía están abrazados.*) Yo conservo las llaves; démosles diez minutos. (*Mientras que la escena continúa, dirige de cuando en cuando una mirada á la reja, va y viene, y escucha al mismo tiempo lo que hablan.*)

PATERSON. ¿Eres tú, hija mia, á quien vuelvo á ver en este horrible lugar?

SOFÍA. ¡Ah! desde que puedo veros y abrazaros en él, no siento ya su horror. Pero ¿cómo habeis podido penetrar hasta aquí?

PATERSON. En el mismo instante en que te arrebataron de mis brazos, corrí á pesar de mi dolor en busca del primer magistrado, y tuve la suerte de que este hombre respetable rindiese á mis canas el homenaje debido. Contéle mi desgracia y le aseguré tu inocencia, logrando conmoverle. Como debia venir esta noche á trabajar

al palacio, me permitió seguirlo, y él mismo me ha conducido á este sitio.

BETZY. Y á mí tambien, señorita. ¡Ah! es un hombre honrado si los hay.

PATERSON. Mi sangre se ha helado al penetrar bajo esta bóveda. Pobre hija mia, ¡era necesario que el oprobio coronase tanta miseria!

SOFÍA. ¡Justo cielo! ¿Me creeis culpable, padre mio?

PATERSON. (*Abrazándola.*) ¿A tí, hija mia, que eres un modelo de amor filial? Aunque el mundo entero te condenase, serias siempre inocente á mis ojos; pero ¿por qué inícua trama te encuentras bajo el peso de tan humillante acusacion?

SOFÍA. No me es posible fijar mis ideas sobre este punto, y todas mis conjeturas no hacen mas que aumentar mi inquietud. ¿Qué interés puede haber en hacerme víctima de tan horrible engaño? ¿cómo ese diamante ha sido hallado en nuestro poder, cuando yo misma?...

PATERSON. ¿Qué decir á tus jueces?

SOFÍA. Les diré que soy inocente; pero ¡ay! esto no les bastará.

PATERSON. ¡Dios mio! me haces estremecer. ¿No se ha cansado aun la desgracia de perseguirme? ¿Será preciso que antes de bajar á la tumba vea sufrir una condena á la hija de mi alma? ¡Oh! esta idea es mil veces mas cruel que la misma muerte.

SOFÍA. Teneis razon, padre mio. Sí, sí; mil veces la muerte. No sufriré semejante afrenta, os lo aseguro.

PATERSON. ¿Qué dices, Sofía? ¿Seria capaz tu desesperacion de arrastrarte á un acto indigno de tu valor?

SOFÍA. No me comprendeis, padre mio. Dios y mi religion me impiden lo que pareceis temer. Nada hará vuestra hija que no sea digno de vos, y si llegais á perderla... ¡ah! podreis ir sin rubor á llorar sobre su tumba.

PATERSON. ¿Crees tranquilizarme desgarrando mi corazon? (*La abraza.*)

WILLIAM. (*Mirando hácia la reja.*) Oigo el ruido de un coche... ¡Demonio! (*Corre á la reja y mira por los barrotes.*) ¡Son ellos! (*Aproximando la boca á la reja.*) Alto... Esperad...

BETZY. (*Volviéndose.*) ¿A quién está hablando?

WILLIAM. ¿A quién? á vosotros, voto á cribas. Vamos, buen hombre, basta de charla; es preciso dejar á la señorita.

PATERSON. ¿Tan pronto?

BETZY. (*Con pena.*) ¡Dios mio!

SOFÍA. Una palabra no mas.

WILLIAM. Despachad. (*Aparte.*) Vienen un cuarto de hora antes; mejor.

SOFÍA. (*Despues de enjugarse las lágrimas, y recobrando su valor.*) ¿Decís que el magistrado se halla aun aquí?

PATERSON. Si; me ha dicho que pasará toda la noche.

SOFÍA. Procurad verle otra vez, y decidle que pongo en él toda mi esperanza, que es necesario á toda costa que le hable mañana, que va en ello mi suerte y la vuestra, y que si se digna escucharme, salvará nuestro honor.

PATERSON. ¡Ah, querida Sofía! tú animas mi esperanza. Yo obtendré del magistrado lo que deseas; pero...

WILLIAM. (*Impaciente.*) Ya direis lo demás en otra ocasion. Vamos, abrazarse y andando. Si quereis ir á ver al magistrado, salid por allí.

PATERSON. Adios, hija de mi alma.

BETZY. (*Llorando.*) Adios, señorita.

SOFÍA. (*Echándose en sus brazos.*) ¡Ah!

WILLIAM. (*Mirando hácia la reja.*) Ya están aquí. ¡Demontre! (*Separándolos.*) Vamos, ¡cuánto embeleco! ¿No veis que estas despedidas le hacen daño?—Por aquí, buen hombre, por aquí.

SOFÍA. (*Sosteniendo á Paterson.*) Tened cuidado, padre mio.

BETZY. (*Tomando el brazo del anciano.*) Despacito.

WILLIAM. (*Dándoles siempre prisa.*) Vaya; subid, seguid el corredor y hallareis á la izquierda una gran puerta. Cuando hayais concluido, ya os acompañarán hasta la calle sin que tengais necesidad de volver por aquí. Hasta mas ver. Señorita, á vuestra vivienda. (*Paterson, sostenido por Betzy, sube la escalera que conduce á la sala de justicia.—William hace entrar á Sofía en su calabozo. —Entre tanto Blifild empuja con tiento la reja y entra seguido de Oswaldo.*)

ESCENA XI.

OSWALDO, BLIFILD *y* WILLIAM.

WILLIAM. (*Despues de haber entornado la puerta del calabozo de Sofía.*) ¡Uf! ya era tiempo.

BLIFILD. Hénos aquí.

WILLIAM. ¡Chist! ¿Es este nuestro milord?

BLIFILD. Sí. (*A Oswaldo.*) Ese es William.

OSWALDO. (*Dándole una bolsa.*) Ahí va por adelantado la mitad del precio ofrecido. ¿Está todo listo?

WILLIAM. Sí, milord. Es necesario apresurarnos, pues el conserje está arriba y puede venir de un momento á otro.

OSWALDO. Pero ¿dónde está Sofía?

WILLIAM. Allí. Vais á verla; pero ¿estais seguro de ella?

OSWALDO. Así lo creo. Y tú, miserable, cruel calumniador, ya habrias perecido por mi mano si no atendiese mas que á la indignacion que me anima. Por tus infames manejos sufre Sofía el golpe terrible que la aqueja, y ¡ay de tí! si no te compones de modo que yo pueda salvarla.

WILLIAM. *Bajo á Blifild.*) ¿Qué significa eso?

BLIFILD. Nada; escrúpulos de monja. (*A Oswaldo.*) Milord lo que estais diciendo no es prudente.

OSWALDO. Vé á que acerquen el coche, y que nos esperen.

BLIFILD. Voy volando. (*A William.*) ¿Qué señal?...

WILLIAM. Al dar las dos.

BLIFILD. (*Sacando el reloj.*) Cinco minutos; es suficiente. Allí estaré. Vé por Sofía. (*A Oswaldo.*) Milord, antes de veinte y cuatro horas habré vuelto á adquirir vuestra confianza.

OSWALDO. ¡Ah! nunca. (*Mirándole con indignacion.*)

BLIFILD. (*A William, al saltar por la ventana.*) No hagas caso de ese aire de enfurruñado. (*Salta.*)

WILLIAM. (*A Oswaldo.*) Milord, cumpliendo vuestras órdenes nada se ha dicho á la señorita; pero se halla pronta á partir. Este es su cuarto, la puerta está abierta... pero nada de luz ni de ruido. (*Apaga la luz, y queda á oscuras la escena.*) Entretanto voy á rondar y á alejar á los guardias para que estemos tranquilos. Os quedan cinco minutos; á la primera campanada de las dos, yo estaré allí, y partiremos.

OSWALDO. Vé pues. (*Señalando el calabozo.*) ¿Es aquí?

WILLIAM. Sí. (*Empujando la puerta y entreabriéndola.*) Héla aquí. (*Vase por la escalera. Oswaldo espera con inquietud. Sofía sale del calabozo.*)

ESCENA XII.

OSWALDO *y* SOFÍA.

SOFÍA. (*Adelantándose á tientas.*) Me volveis á llamar... ¿Es quizá mi padre?

OSWALDO. (*Tomándole la mano.*) Sofía...

SOFÍA. ¿Qué voz es esta? ¿Por qué esta oscuridad?

OSWALDO. Señorita, al deciros mi nombre temo escitar vuestra desconfianza; y sin embargo, nada hay mas puro que el motivo que me trae aquí en este momento.

SOFÍA. ¡Cielos! milord, ¿sois vos?

OSWALDO. ¡Ah! perdonad mi imprudencia. Arrastrado por un miserable... ¡Oh! si pudiera pintaros mi remordimiento... Pero yo os salvaré, Sofía. Aun cuando no fueseis el objeto de mi ternura, pongo á Dios por testigo que tampoco consentiria en vuestra perdicion; antes atraeria sobre mí la vergüenza y la infamia.

SOFÍA. ¡Oswaldo!

OSWALDO. ¡Sofía!... Vengo para salvaros. Escuchadme; es imposible que podais justificaros inmediatamente.

SOFÍA. Lo sé.

OSWALDO. Herida con un golpe terrible, nada pudisteis prever ni decidir.

SOFÍA. Estoy resignada.

OSWALDO. Eso es digno de vuestro puro corazon; pero yo, querida Sofía, he resuelto arrancaros del abismo en que se os ha precipitado; lo quiero y lo debo. Confiaos pues á mi honor, á mi respeto, y desde este instante sois ya libre.

SOFÍA. (*Con alegría.*) ¡Gran Dios! ¿será cierto? ¿Yo libre?

OSWALDO. Sí; yo puedo romper vuestras cadenas... Mi coche, mis caballos, mi gente nos esperan... (*La espresion de Sofía va cambiando á medida que Oswaldo habla.*) El camino está espedito; vuestro mismo guardian nos guia, y no hay peligro alguno. El oro ha allanado todos los obstáculos.

SOFÍA. ¡El oro! ¿Luego lo que me proponeis es que huya?

OSWALDO. Sí; todo está preparado.

SOFÍA. ¡Huir!... ¿y con vos, milord?

OSWALDO. Solo yo puedo salvaros.

SOFÍA. ¡Salvarme!... ¡salvarme, deshonrándome!

OSWALDO. Nunca.

SOFÍA. Basta. Oswaldo, si solo os guia la compasion, os lo agradezco; pero os engañais: no me salvareis, pues lo que mas aprecio no es mi existencia, sino mi honor.

OSWALDO. Sofía, destrozais mi corazon. No poseo ningun título para merecer vuestra confianza, antes al contrario, todos los he perdido; pero por vuestro mismo nombre, consentid en seguirme. Os juro dejaros en el momento que lo exijais, no volver á veros, arrancar si es posible vuestra imágen de mi corazon... todo cuanto querais; pero dejad que os salve.

SOFÍA. (*Que le ha escuchado enternecida.*) ¡Ah! es imposible... Os he dejado leer hasta el fondo de mi alma: os amo, milord... ¿Osareis ahora impelerme á que siga á mi amante? No hay remedio, estoy perdida; una mano cruel, desconocida, me ha lanzado en un abismo; en él quiero morir inocente; pero salir culpable... jamás.

OSWALDO. (*Turbado.*) ¿Es esta vuestra respuesta?

SOFÍA. Y mi último adios. (*Quiere alejarse. Se oyen las dos. William aparece en la escalera y Blifild en la ventana.*)

ESCENA XIII.

OSWALDO, SOFÍA, BLIFILD, WILLIAM, *un* CARCELERO *y al final* JACOBO.

OSWALDO. (*Oyendo la hora.*) ¡Justo cielo! llegó el instante. Deteneos, Sofía. Sí; vos cumplís el deber de un alma virtuosa; pero yo... yo debo desafiarlo todo.

SOFÍA. (*Espantada.*) ¡Milord!

WILLIAM. (*Acercándose precipitadamente.*) Es la hora.

BLIFILD. (*Desde la ventana.*) Las dos.

SOFÍA. ¡Dios mio!

OSWALDO. (*Con fuego.*) Ya no os consulto; un secreto horrible me impele á salvaros. El honor, sí, el mismo honor me ordena emplear la violencia si es necesario.

SOFÍA. ¡Jamás!

WILLIAM. Silencio. ¡Blifild!

BLIFILD. (*Saltando de la ventana.*) Aquí estoy.

SOFÍA. (*Viéndose rodeada por los tres.*) ¡Gran Dios! (*Sofía se ve obligada á apoyarse en los brazos de Oswaldo. Este, turbado, la coloca en una silla cerca de la mesa.*)

OSWALDO. Sofía, desechad todo temor.

WILLIAM. Huyamos.

BLIFILD. Milord, es preciso cargar con ella. (*Ayudado por William intenta apoderarse de Sofía. Esta logra desasirse y corre á refugiarse en los brazos de Oswaldo.*)

SOFÍA. ¡Socorro! ¡socorro!

OSWALDO. (*A Blifild.*) Maldito seas.

UN CARCELERO. (*Saliendo.*) ¡A la guardia! ¡á la guardia! (*Viéndolos á todos.*) ¡Ah! (*Se dirige á la campana y llama con todas sus fuerzas.*) ¡Socorro! ¡socorro! (*Blifild y William, que corren despavoridos, tropiezan con él.*)

WILLIAM. (*Corriendo al carcelero.*) Silencio, miserable. (*Le coge para echarle al suelo, pero al mismo tiempo aparece Jacobo en la escalera.*)

JACOBO. ¡Traicion!

WILLIAM. (*Deja al carcelero y vuelve espantado.*) ¡Estamos perdidos!

BLIFILD. ¡Huyamos! (*Va á saltar por la ventana; Jacobo hace fuego, y Blifild cae.—Al mismo tiempo acude la guardia por la escalera, y se apoderan de William. Llegan el magistrado, Paterson, Betzy, el constable, el escribano, el secretario y los alguaciles.*)

ESCENA XIV.

El MAGISTRADO, PATERSON, OSWALDO, *el* CONSTABLE, SOFÍA, BLIFILD, JACOBO, WILLIAM, BETZY, *el* SECRETARIO, *el* ESCRIBANO, ALGUACILES, SOLDADOS *y* CARCELEROS.

PATERSON. (*Adelantándose precipitadamente.*) ¡Gran Dios! ¡es mi hija!

SOFÍA. (*Desprendiéndose de los brazos de Oswaldo.*) Padre mio, salvadme.

MAGISTRADO. ¡Qué veo! ¡qué horrible violencia! Soldados, rodead en seguida este recinto. Obedeced; soy el magistrado.

SOFÍA. ¿Vos, señor? ¡Ah! me pongo bajo vuestra proteccion. (*Se echa á los piés del magistrado.—Todos quedan consternados.*)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la sala del consejo de justicia. En el fondo los lados grandes puertas; á la dereeha, sobre un entarimado, un bufete cubierto de papeles; al rededor del mismo muchos sillones.—Al levantarse el telon, el magistrado estará en el bufete examinando papeles, y el secretario escribiendo en una mesa que habrá en el lado opuesto.—Alumbrarán la escena varias luees: sobre el bufete del magistrado habrá el pupitre de Sofía.—Un alguacil del palacio estará en la puerta del fondo.

ESCENA I.

El MAGISTRADO, *el* SECRETARIO *y el* ALGUACIL, *en el fondo.*

MAGISTRADO. (*Dejando su bufete.*) Poned en órden esos papeles, (*dándolos al secretario*) y dejad sobre el bufete el sumario de Sofia Paterson, acusada de haber robado un diamante. (*Reflexionando.*) Este asunto presenta un carácter harto estraño. El hecho en sí mismo parece incontestable, y sin embargo, la modestia de esa jóven, el tono que domina en sus palabras y en las de su padre, todo parece rechazar la posibilidad de un delito... que no obstante está probado hasta la evidencia. El atentado que se ha cometido esta noche en la cárcel y cuyo objeto no era otro que sustraer á Sofía al juicio que la amenaza, no deja de complicar mas y mas la cuestion. ¿Qué puede haber de comun entre esa jóven y lord Oswaldo? ¿Cómo un hombre de su rango se ha atrevido á desafiarlo todo por una mujer que se habria hecho digna de la última pena? ¿ Y cómo esa mujer se habrá negado á huir , invocando mi socorro para permanecer bajo el peso de una acusacion que debe hacerla temblar? (*Al secretario.*) ¿ Se han ejecutado rigurosamente las órdenes que dí anoche?

SECRETARIO. Sí, señor; el carcelero William ha sido arrestado y puesto bajo la mas rigorosa incomunicacion. El mismo conserje se halla vigilado. Se ha verificado una minuciosa visita, dando por resultado indicios de haberse concertado un proyecto de evasion; la jóven y su padre ocupan una de las habitaciones del palacio; finalmente se ha dejado en libertad bajo palabra á lord Oswaldo, siguiéndose empero escrupulosamente todos sus pasos, de manera que le seria imposible alejarse. En cuanto á su criado, apenas sobrevivió algunos instantes al golpe fatal que provocó su resistencia. El constable ha vuelto ya al palacio, y segun ha dicho, tiene que comunicaros alguna noticia.

MAGISTRADO. Lo sé y le estaba esperando. (*Hablando consigo mismo.*) Puede que sus informes nos den alguna luz. Por su parte Sofía me ha hecho pedir una entrevista para hacerme revelaciones, segun dice ; pero antes de oirla, deseo estar mejor instruido. Su juventud, su candor y hasta su misma energía me interesan ; y como algunas veces la apariencia de estos dones no es mas que un lazo, conviene ponerse en guardia contra la astucia y la destreza. Sepamos primeramente lo que haya podido descubrir el constable. (*El secretario habla al alguacil, que está en el vestíbulo. El magistrado se sienta en un sillon cerca del bufete.*)

ESCENA II.

El MAGISTRADO, *el* CONSTABLE *y el* SECRETARIO.

CONSTABLE. (*Introducido por el alguacil.*) Soy vuestro muy humilde servidor.

MAGISTRADO. (*Sentado.*) ¿Habeis obtenido algunos detalles sobre la jóven llamada Sofía Paterson?

CONSTABLE. Y muy particulares, señor magistrado. El sumario, debidamente firmado por los testigos y las partes, espone claramente el asunto; no deja nada de ambiguo, y prueba el hecho de *flagrante delicto; ergo...*

MAGISTRADO. Limitaos á darme los informes que os pido. ¿Qué habeis averiguado sobre los antecedentes de Sofía y de su padre?

CONSTABLE. Nada bueno. No se sabe de dónde han venido ni de qué viven. Hace once meses que se les vió aparecer en Edimburgo. ¿De dónde venian? *ignoro*. Como no conocian á alma viviente ni tenian la menor recomendacion, ninguna familia honrada se atrevió á recibirles, y en consecuencia se establecieron en una casa de huéspedes de apariencia bastante mezquina. Todo esto *in globo* está dando á entender bien claramente que...

MAGISTRADO. Dejaos de comentarios; yo me encargaré de hacerlos.

CONSTABLE. (*Con tono de desprecio.*) La tal señorita se titula pintora.

MAGISTRADO. Arte muy apreciable.

CONSTABLE. Pero, segun todas las apariencias, ese arte apreciable le servia de pretesto para atraer sin ruido á otras personas que las aficionadas á su propia efigie; pues no han faltado vecinos curiosos, y sobre todo vecinas, que han reparado en un jóven lord que frecuentaba misteriosamente la casa.

MAGISTRADO. ¿Cómo se llama ese lord?

CONSTABLE. Oswaldo. No obstante, parece que milord no era muy liberal, pues el padre y la hija vivian muy mezquinamente, y al fin de cada mes se veian á la puerta acreedores y mercaderes, llegados siempre en mala hora. El padre invocaba al cielo, y la hija se lamentaba; pero sin duda la Providencia guardaba para ellos recursos ocultos, pues siempre que era necesario escabullirse ó pagar, la señorita se encontraba de repente dueña de alguna alhaja de valor, como reloj, collar, diamante *et cætera*, que vendia en secreto al joyero Rampsart, quien cuidaba de borrar, romper ó aplastar con el martillo las cifras ó armas con qué estaban marcadas, sin duda con el objeto de que no fuese posible descubrir su orígen. Pero habiéndose olvidado el susodicho Rampsart de echar en el crisol muchos de los precitados objetos, la justicia perspicaz se ha apoderado de ellos. En mi bolsillo los tengo; hélos aquí, reseñados uno por uno en el sumario.

MAGISTRADO. (*Mirando las alhajas y poniéndolas sobre la mesa.*) En efecto... Acabad.

CONSTABLE. En resúmen: es gente desconocida y sospechosa, sin mas documento que un pasaporte sin las formalidades prescritas, y por lo tanto vuelvo á mi conclusion y no desisto, *propter consequentiam.*

MAGISTRADO. Muy bien. (*Se oye ruido fuera.*) ¿Qué es eso?

ESCENA III.

El MAGISTRADO, RAMPSART, *el* CONSTABLE, *el* SECRETARIO *y el* ALGUACIL.

RAMPSART. (*Fuera, antes de aparecer.*) Entraré, ¡voto á Cribas! os digo que entraré. Quiero hablar al magistrado. (*Entrando á pesar del alguacil.*) ¡Ah! bien sabia yo que estaba aquí.

SECRETARIO. Caballero, aquí no se entra sin permiso.

RAMPSART. Sí tal, puesto que ya estoy dentro. (*Al magistrado.*) Servidor vuestro, señor.

MAGISTRADO. (*Sin levantarse.*) ¿Qué hombre es ese?

CONSTABLE. Cabalmente es el citado Rampsart, el cual en este asunto se presenta bajo dos caras.

RAMPSART. Os engañais, yo no tengo mas que una.

CONSTABLE. Perdonadme, dos caras: *primo*, como comprador, vendedor y encubridor de la cosa robada; *seeundo*, como parte demandante.

RAMPSART. ¿Qué está cantando este imbécil? Señor magistrado, yo soy Rampsart, conocido, estimado y mercader de padres á hijos desde hace siglo y medio; un crédito de cien mil libras y una probidad sin tacha son los títulos de mi familia; y para demostraros lisa y llanamente que cuanto ha dicho ese señor carece de sentido comun, voy á arreglar todo este negocio con solo dos palabras; así podrán terminarse las diligencias y devolver la libertad y el honor á una familia á quien aprecio... contando siempre con vuestro permiso.

CONSTABLE. ¡Ah!

MAGISTRADO. Veo, caballero, que es mucho lo que os prometeis.

RAMPSART. Nada hay mas fácil.

MAGISTRADO. Así lo deseo. Veamos.

RAMPSART. En primer lugar os respondo bajo mi palabra de que la jóven es una persona honrada. Yo no sé esplicarme el por qué mi diamante perdido se ha ido á casa de Sofía; á lo que se ve, el diablo es quien lo ha colocado en el pupitre de donde habia salido; pero aun cuando se hubiese encontrado en su mismo bolsillo, yo garantizaria con mi vida que ella no lo ha robado. Primer punto.

CONSTABLE. (*Tomando un polvo.*) Si el segundo no es de mas sólida lógica, *nego*.

RAMPSART. En cuanto á mi segundo punto, es claro como el dia, y no os pido en su abono mas que un poco de buena voluntad. Aludo á mi denuncia. Si me hubiese convenido perder mi diamante y no decir á nadie una palabra, nadie hubiera intentado el fatal proceso. Ahora bien, partamos de este principio: renuncio á todo, desisto de todo; yo, parte perjudicada, parte demandante, me doy por satisfecho. Mas aun; protestaré que me habia olvidado el diamante en casa de la señorita, que lo habia dejado en su casa por descuido, y que solo una falta de memoria ha ocasionado este accidente. La cosa, vista de este modo, puede atarse corto, no dependiendo mas que de vos el salvar con una sola palabra á un respetable anciano y á una niña encantadora, é impidiendo tambien que yo, Rampsart, hombre honrado, muera de pesar si llego á ser la causa de su perdicion.

CONSTABLE. (*Aparte.*) Tristísimo argumento.

MAGISTRADO. ¿Habeis meditado bien la proposicion que acabais de hacerme? ¿Habeis pesado todas sus consecuencias?

RAMPSART. Ciertamente, pues se entiende que me conformo con pagar todos los gastos, sean los que fueren.

CONSTABLE. (*Aparte.*) ¡Se enferra!

MAGISTRADO. Sois muy imprudente ó muy desgraciado en vuestro celo. ¿Cómo no habeis calculado que vuestra indiscreta oferta, no solamente acusa á la jóven á quien defendeis, sino que atrae sobre vos mismo graves sospechas y todas las apariencias de complicidad?

RAMPSART. ¿Sobre mí, señor?... ¿sobre mí, Mateo Crisóstomo Rampsart?

CONSTABLE. Sabemos vuestros nombres; constan en el sumario.

MAGISTRADO. Compadezco á vuestros amigos si nada saben del paso que estais dando; pero me veo obligado á hacerlo constar en el proceso.

RAMPSART. Como gusteis; maldito si entiendo una palabra.

MAGISTRADO. Habeis ofendido al magistrado al proponerle que manche su ministerio con una mentira; habeis aumentado las sospechas que pesan sobre la acusada al querer detener el fallo del tribunal, y vos mismo os habeis colocado bajo el peso de la acusacion solicitando compartir la responsahilidad del delito.

RAMPSART. ¡Diablo! pues no es eso lo que yo comprendia.

MAGISTRADO. Pero así es como yo debo comprenderlo. (*Se levanta, se acerca al bufete y escribe algunas palabras que entrega al secretario; éste lleva la órden al alguacil, que sale rápidamente. Al momento se ven llegar al vestíbulo un oficial y dos guardias. El secretario sale un instante.*)

RAMPSART. (*Durante esta escena muda se dirige al constable, que toma un polvo.*) Decidme pues, vos que sorbeis solo sin ofrecer á nadie ¿no he obrado bien?

CONSTABLE. ¿Bien?... no mucho, caballero.

RAMPSART. (*Impacientándose.*) ¡Por vida de!... suceda lo que suceda, ya no me mezclo en nada. Bésoos las manos. (*Quiere salir.*)

MAGISTRADO. Quedaos, caballero; ya no podeis salir.

RAMPSART. ¿Que no puedo ya?... ¿y quién me lo impide?

MAGISTRADO. Estais arrestado; acabo de dar la órden.

RAMPSART. ¡Arrestado! ¡yo, arrestado! ¡Por vida de!... ¿es decir que he venido á hacerme prender como un necio, y no me dejaban entrar?... Pero, por todos los diablos, ¿qué es lo que he hecho? ¿qué he dicho?

CONSTABLE. Necedades.

RAMPSART. Yo he cedido simplemente á la inclinacion de mi alma, pues aprecio al anciano Paterson é idolatro á su hija; he querido sacarlos de un mal paso á mis espensas, y con mucho gusto perderia mil guineas en el negocio; ¡y en premio de todo esto, me veo cogido con ellos en la ratonera! Vamos, vamos; es imposible. Yo no he podido robarme el diamante á mí mismo, pues nadie se roba lo que tiene en su bolsillo; con que, por todos los diablos, dejadme salir. (*Quiere salir, pero se presentan dos soldados á la puerta.*) ¡Ah! con que ¿la cosa va de veras?

CONSTABLE. No; esto no es mas que interinamente. Estais en depósito.

RAMPSART. Malhaya el depósito. (*Vuelve el secretario y habla bajo con el magistrado.*)

MAGISTRADO. Hacedles entrar. (*El secretario habla con el alguacil, quien sale un instante.*)

RAMPSART. (*Aparte.*) ¡Imbécil de mí!... ¡alma de cántaro!... ¡animal! (*Entra Betzy, y en seguida Paterson y Sofía, ésta dando el brazo á su padre.—El magistrado sube á su bufete, y el constable se sienta delante del mismo.*)

ESCENA IV.

El MAGISTRADO, PATERSON, RAMPSART, *el* CONSTABLE, *el* SECRETARIO, SOFÍA, BETZY, *el* ALGUACIL *á la puerta, y* GUARDIAS *en el vestíbulo.*

SOFÍA. (*Con un movimiento de gozo al ver á Rampsart.*) ¡Cielos! ¿sois vos, señor Rampsart? ¡cuánto placer esperi-

menta mi corazon al veros! (*Rampsart le estrecha las manos y se enjuga los ojos.*) ¡Ah! ¿qué habeis hecho? Esto es lo que yo habia previsto al suplicaros que guardaseis el secreto. Pero no, vos no lo sabeis todo aun. (*Prorumpiendo en llanto.*) ¡Ah! ¡me habeis perdido!

MAGISTRADO. (*Aparte.*) ¡Qué confesion! Sofía es culpable.

RAMPSART. (*Conteniéndose las lágrimas.*) Señorita, me he perdido á mí mismo, y verdaderamente el dolor que esperimento no es por vos sola. Yo no sé qué demonio me trae á mal andar; estoy como embrujado y no hago mas que disparates. Pretendo castigar á un pillete, y os prenden á vos; vuelo á salvaros, y declaro en contra vuestro, haciéndome arrestar por añadidura. Héme aquí pues acusado, comprometido, y si se os condena, probablemente me colgarán á mí por carambola. ¡A mí' Mateo Crisóstomo Rampsart!

SOFÍA. Tranquilizaos, amigo mio; yo os salvaré.

RAMPSART. Hacedme el obsequio de empezar por vos.

SOFÍA. (*Al magistrado.*) Señor magistrado, me atrevo á atestiguaros ante Dios que el señor Rampsart es la probidad misma, y que nada hay que supere á la bondad de su corazon.

RAMPSART. Es verdad.

MAGISTRADO. Acusados ambos y sospechándose que sois cómplices, lo que se necesita es que os justifiqueis y no que atestigüeis el uno en favor del otro.

AMPSART. Ya os lo decia yo, no quieren creernos.

OFÍA. ¡Ah! vuestra propia conciencia debe tranquilizaros, pues estais bien seguro de que no soy delincuente.

AMPSART. ¿Que si estoy seguro?...

AGISTRADO. (*A Sofía.*) Acercaos, señorita. Mirad esas alhajas. ¿Reconoceis que os han pertenecido?

OFÍA. Sí, señor; me han pertenecido.

AGISTRADO. ¿Las habeis vendido al joyero Rampsart?

OFÍA. Sí, señor.

AMPSART. Es la verdad.

AGISTRADO. ¿Quién ha hecho desaparecer las armas y cifras de que estaban adornadas?

OFÍA. Yo misma.

AGISTRADO. ¿Con qué objeto?

OFÍA. Para que no pudiese saberse quién las habia poseido.

AGISTRADO. Y cuando las vendiais al joyero Rampsart, ¿exigiais siempre que guardase el secreto?

OFÍA. Siempre lo exigía así de su amistad.

AMPSART. Bastante mal me ha hecho haber hablado una vez.

AGISTRADO. (*A Rampsart, severamente.*) Y á vos, cuya profesion exige alguna prudencia, ¿no se os han ocurrido nunca algunas dudas, algunas sospechas, algunos temores sobre estas compras secretas?

AMPSART. ¡Ah! en cuanto á eso, es preciso deciros la verdad. Algunas veces he titubeado, sobre todo por el diamante; pero ¡era de unas aguas tan puras!... Además, mirad á la señorita; ¿cómo sospechar de ella?

TERSON. ¡Qué suplicio! no puedo mas.

TZY. Señor... (*Betzy y Sofía corren á sostener á Paterson y le conducen á un sillon, donde se sienta.*)

AGISTRADO. (*Aparte.*) ¡Qué raro contraste de inocente sencillez y de graves confesiones! La evidencia de las pruebas aleja toda duda. (*Alto.*) Que se aproxime la sirvienta.

TZY. (*Sobrecogida.*) ¡Yo!... ¿Tengo yo que hablar delante de tanta gente? ¿Qué diré, señorita?

SOFÍA. La verdad, Betzy.

MAGISTRADO. ¿Sabiais que vuestra ama poseyese alhajas de considerable valor y que las vendiese al joyero Rampsart?

BETZY. (*De prisa y sin respiracion por hallarse sobrecogida.*) Sí, sí, señor magistrado, lo sabía muy bien y lo veía; pero no lo daba á entender, porque la señorita no queria que se supiese, prohibiéndome espresamente que dijese nada, pues no sabia que yo supiese que se sabía... ¡No puedo respirar!... Que ella tenia un sello, y este es el que... no, lo que... justo; esto es, hélo aquí todo, enteramente todo, señor magistrado. Creedme, no sé una palabra mas. ¡Ay, Dios mio, Dios mio, qué miedo tengo!

MAGISTRADO. (*Severamente.*) Señorita, la acusacion se hace terrible; todo resulta contra vos. Es necesario hacerme saber cómo ese diamante se ha encontrado en vuestra casa; vuestro silencio sobre este punto os condenaria sin exámen. (*Haciendo un movimiento de horror.*)

SOFÍA. (*Con mucha calma y dulzura.*) Lo sé, señor magistrado: debo ser condenada si no os digo lo que yo misma ignoro. ¡Ay! vuestra justicia no puede ampararme. ¿Cómo esplicaros lo que no puedo comprender? Soy inocente, y Dios me juzgará; esto es cuanto puedo manifestaros, cuanto puedo responderos, aunque mi razon me dice que esto no es defenderme.

RAMPSART. ¡Diantre! eso no me conviene; yo quiero que la señorita pruebe...

SOFÍA. (*Interrumpiéndole con dulzura y resignacion.*) Es imposible.

PATERSON. (*Al magistrado*) Es preciso que la virtud sucumba ó que Dios os ilumine.

SOFÍA. (*Con voz trémula.*) Hablad, señor. (*Momento de silencio.*)

MAGISTRADO. (*Con lentitud y sentimiento.*) ¡Sereis condenada! (*Sofía eleva los ojos al cielo. Paterson oculta la cabeza entre las manos. Rampsart y Betzy se hallan llenos de estupor.*)

SOFÍA. (*Mirando al cielo.*) ¡Es preciso morir! (*Vuelve la vista hácia su padre, y viéndole anonadado de dolor, se arroja en sus brazos.*) ¡Padre mio! (*Rampsart y Betzy corren hácia ella y la rodean con muestras de cariño. Sofía los mira y se reanima.*) ¡Oh! valor, no me abandones.

MAGISTRADO. (*Al secretario.*) Mandad que vuelvan á llevarse á la señorita.

SOFÍA. (*Deteniendo con un gesto al secretario y dirigiéndose al magistrado.*) Señor, mi padre os ha pedido para mí la gracia de hablaros sin testigos. Tengo revelaciones importantes que haceros; nuestro honor depende de ello. (*Con voz mas débil.*) Mi destino se cumplirá.

MAGISTRADO. Es mi deber escucharos, señorita.—Despejad. (*Sofía le suplica con un gesto que haga quedar á su padre.*) Sí; vuestro padre puede quedarse. (*Aparte.*) No logro vencer el interés que me inspira. (*Se adelanta el secretario é indica que salgan á los demás testigos.*)

SOFÍA. (*Estrechándoles las manos con afecto.*) Amigo mio, mi generoso apoyo... y tú, buena Betzy, sin duda no debo volver á veros.

BETZY. ¿Es posible?

RAMPSART. ¿Qué decís?

SOFÍA. No puedo separarme de vosotros sin espresaros mi amistad y mi agradecimiento. Vosotros conservareis mi memoria y me amareis siempre; estoy segura. (*Mas bajo y con mas viveza.*) Amigos mios, no me quedan en

la tierra mas séres que vosotros... os recomiendo, os confio á mi desgraciado padre.

Rampsart. ¡Gran Dios! qué quereis decir? ¿qué va á suceder?

Sofia. Pronto lo sabreis. Adios, adios... (*Se desprende de sus brazos, y en vista de las reiteradas insinuaciones del secretario, se van todos.*)

ESCENA V.

El Magistrado, Sofia *y* Paterson.

(*El magistrado hace retirar á los alguaciles, y entre tanto Sofía y Paterson se quedan solos en la escena.*)

Sofía. Padre mio, ha llegado el momento de armaros de un gran valor; ha llegado la hora solemne de elegir entre la vergüenza y el martirio.

Paterson. Los años y la desgracia han aniquilado mis fuerzas, pero no mi valor. Por lo tanto te ruego, hija mia, que en esta prueba terrible te muestres digna de tu padre. (*La abraza, y el magistrado se adelanta contemplándolos.*)

Magistrado. (*Aparte.*) ¿Qué iré á descubrir por fin? Debo ser justo é imponer silencio á la compasion. (*Dirigiéndose á Sofía, la que al punto se repone.*) Señorita, ya no teneis mas testigos que vuestro padre y yo. Serénese vuestro ánimo: soy juez, y como tal busco la verdad; pero mi deber no tanto consiste en castigar al culpable, como en proteger la inocencia. Yo puedo hasta dulcificar la severidad de la ley en favor de los que muestran un voluntario y sincero arrepentimiento... Habladme ingenuamente.

Sofía. ¡Ah! vos me juzgareis; pero antes dignaos decirme si me han engañado con respecto á un punto del que debe depender mi resolucion. ¿Es cierto que ninguna ley, que ninguna sentencia puede condenar á muerte á un anciano agobiado por el peso de setenta años de edad?

Magistrado. (*Lanzando una mirada de sorpresa á Paterson.*) Sí, señorita; su ancianidad les hace sagrados en cierto modo, pues gozan en este país de una escepcion general.

Sofía. ¡Ah! respiro.

Paterson. (*Consternado.*) ¡Gran Dios! qué rayo de luz.

Magistrado. Pero ¿qué conexion?...

Sofía. Ahora, señor, por muy estraordinarias que os parezcan las cosas que voy á relataros y algunas de ellas á primera vista sin relacion con mi desgracia, dignaos escucharme sin interrumpirme.

Magistrado. (*Con espresion de inquieta esperanza.*) Os lo prometo. (*Paterson hace un movimiento de espanto. Sofía le indica con un signo que la deje hablar.*)

Sofía. (*Despues de un instante de recogimiento.*) Vos debeis recordar las revueltas y desgracias que dividieron la Escocia en la época de su reunion á la corona de Inglaterra, y no habreis olvidado tampoco la terrible guerra que se encendió, la derrota de los secuaces que el duque de Obaldiston habia levantado para sostener la causa del último monarca, la órden de destierro perpétuo con que fueron castigados lo propio que sus esposas é inocentes hijos, y por fin la horrible sentencia de muerte que pesa sobre cuantos osen presentarse otra vez en el territorio inglés. Pues bien; entre esas familias errantes y dispersas existia una compuesta de un anciano, su esposa y una hija de doce años. La suerte les dirigió á España, en donde hallaron un asilo, pero no una patria; sus bienes habian sido confiscados; criados en la opulencia, no sabian trabajar, y pronto se vieron sumidos en la miseria. La piedad les socorrió algunas veces; pero las penas que sufrian no hallaban consuelo. Llorando dia y noche, devorada por los pesares y sucumbiendo bajo los ardores de un clima estranjero, al cabo de dos años de sufrimientos la esposa del proscripto cerró los ojos en brazos de su hija, siendo por ella amortajada léjos de la tumba de sus antepasados... (*Las lágrimas no la dejan proseguir.*)

Paterson. ¡Doloroso recuerdo! (*El magistrado los contempla con temor.*)

Sofía. (*Despues de enjugarse las lágrimas.*) El anciano no tenia ya mas apoyo, mas consuelo que su hija; ésta era muy jóven todavía, pero la desgracia habia formado su juicio antes de tiempo, y el cielo permitió que á los catorce años pudiese sostener á su padre.

Paterson. ¡Ah! su valor sobrepujaba á mi desgracia.

Magistrado. (*Con emocion profunda en la que domina el temor.*) ¡Cielos! Proseguid.

Sofía. La jóven se dedicaba á la pintura; de dia en dia su trabajo aumentaba su talento, y la córte de Madrid les ofrecia una existencia tranquila; pero el padre gemia léjos de la tierra natal; el amor de la patria, ese tormento de las almas nobles, envenenaba sus dias, ahuyentaba su sueño é iba cavando su tumba al lado de la de su esposa. Su hija participaba de su pena y de sus ansias; habian transcurrido ocho años; la paz reinaba otra vez en Escocia; sus corazones concibieron mil esperanzas, y despues de infinidad de embates, resolvieron regresar á Edimburgo...

Magistrado. (*Sin ocultar su agitacion.*) ¡Ah! (*Interrumpiendo á Sofía con la vista y lanzando una mirada inquieta á su alrededor.*) Señorita, por favor, no levanteis la voz.

Sofía. (*Animada por sus recuerdos.*) Las facciones de ambos habian cambiado, el anciano se hallaba encanecido, y la jóven habia salido ya de la infancia. A fuerza de trabajos pudieron procurarse un pasaporte irlandés bajo un nombre supuesto, y partieron. ¿Cómo pintaros sus trasportes de alegría cuando divisaron las riberas, las montañas y los bosques de Escocia? ¡Ah! (*Deteniéndose repentinamente y cambiando de tono.*) ¡Allí era, sin embargo donde les esperaba la muerte! (*Paterson, que ha ido sintiendo y mostrando todas las emociones esperimentadas por Sofía, queda como petrificado al oir la última palabra.*) Llegaron á Edimburgo; todo habia cambiado. Sus amigos no existian, sus parientes habian huido, todo se hallaba desierto para ellos; pero el cielo que les cobija, el aire que respiran, la naturaleza que les rodea, no son desconocidos á sus corazones. La patria no cambia jamás.

Paterson. ¡Hija mia!

Sofía. Los infelices habian traido muy poco dinero; pero la hija del proscripto descansaba en su talento. Pasaron por estranjeros, se alojaron léjos del bullicio y vivian tranquilos, trabajando la hija y el padre concluyendo dulcemente su carrera, cuando un golpe terrible, una acusacion infame vino á amenazar su honor. Formulóse contra la hija una terrible acusacion... (*La angustia de Paterson y la turbacion del magistrado aumentan á cada palabra.*) Era inocente, pero parecia culpable y le era imposible justificarse. Tenia suficiente valor para morir, pero no para vivir mancillada por la mano de un

verdugo, y sobre todo por un crimen que no habia cometido. Llegó á sus oidos que la ley que condena á muerte estingue las demás penas; y con el objeto de escapar á la vergüenza, vino ella misma á denunciarse y á reclamar el cadalso, porque no deshonra cuando se sube á él por la causa que os he espuesto.

ATERSON. (*Fuera de sí.*) ¡Hija mia!

IAGISTRADO. (*Con la mayor turbacion.*) No acabeis... no quiero conocer á la jóven de quien me hablais.

OFÍA. (*Con el valor de la desesperacion.*) Es preciso. El proscripto es mi padre, el amigo, el compañero del duque de Obaldiston; y su hija, á quien estais viendo á vuestros pies, es la condesa de Walpool, que os suplica la enviels al suplicio. (*Abraza las rodillas del magistrado.*)

IAGISTRADO. (*Levantándola á pesar suyo.*) ¡Gran Dios! ¿vos el conde de Walpool? ¿vos su hija?... ¡Ah, señorita, yo no os he permitido que me hicierais esta confesion y no quiero recibirla.

OFÍA. Ya la habeis oido. Cumplid vuestro deber; salvad nuestro honor, que vale mucho mas que mi existencia, y yo rogaré á Dios que vele por vos y por mi padre.

ATERSON. (*Oprimiéndola contra su corazon.*) ¿Por mi dices, hija del alma? ¡Ah! el cielo acaba de iluminarme con sus mas puros rayos; tu gloria es inmortal. Si el verdugo se niega á hacer rodar mi cabeza, si mis canas me condenan á vivir, no dudes que mis débiles dias se estinguirán en el momento que cierres tú los ojos. Ven, hija mia, ven; tu padre aprueba tu conducta, te admira y te bendice. Solo pido á Dios la gracia de seguirte á la mansion de los mártires. (*Continúa abrazándola.*)

AGISTRADO. ¡Cruel revelacion! Deber, piedad, virtud ¿á cuál de vosotros debo escuchar?

OFÍA. (*Acercándose al magistrado con resignacion.*) Ahora ya conoceis el orígen de las joyas, resto de nuestra olvidada grandeza. Hé aquí la última, el retrato de mi madre. (*Lo saca del pecho.*) Jamás debia abandonarme y me seguirá al cadalso. (*Llevándolo á sus labios.*) Mañana, madre mia, mañana verás á tu hija, á tu hija digna de tí. (*Abrese la puerta del fondo y aparece el secretario.*)

AGISTRADO. ¡Cielos! vienen. (*Con tono de autoridad.*) Señorita, os ordeno que guardeis silencio. (*Paterson se halla embargado por el dolor, y Sofía contempla inmóvil el retrato de su madre. Entra el secretario.*)

ESCENA VI.

Los mismos y el SECRETARIO.

ECRETARIO. Señor magistrado, milord Oswaldo acaba de presentarse, y sabiendo que la señorita y su padre se hallan ante vos, solicita permiso para hablaros.

AGISTRADO. (*Observando á Sofía.*) ¿Milord Oswaldo?

OFÍA. ¡En este instante!... ¿Es dado aun á mi corazon tener esta alegría?

AGISTRADO. ¿Temeis por algun motivo su presencia?

OFÍA. No, señor; nada tengo ya que temer ni que esperar en este mundo. (*El magistrado hace una señal, y el secretario se retira. Oswaldo entra, y se cierran las puertas.*)

ESCENA VII.

El MAGISTRADO, PATERSON, OSWALDO *y* SOFÍA.

Oswaldo se adelanta lentamente hácia Sofía con intencion de hablarle, pero se detiene al ver su emocion. Despues se vuelve hácia el magistrado.)

OSWALDO. Señor, vos perseguis á un culpable. Como magistrado justo, buscais la verdad, y á pesar de todo cuanto acusa á Sofía, no encontrais en ella mas que una jóven inocente y virtuosa. Yo solo en el mundo puedo aclarar este odioso misterio; mi amor y la honra de mi nombre me impelen á ello.

MAGISTRADO. ¿Vos, milord?

OSWALDO. (*Con profundo arrepentimiento.*) ¡Ah, Sofía! antes de anonadarme con vuestra justa indignacion, dejadme merecer el perdon de mi crimen. (*Con nobleza.*) Yo lo repararé. (*Admiracion general.—Al magistrado.*) Yo amaba á Sofía; la oscuridad que la rodeaba me hizo concebir odiosas esperanzas, y su virtud, que debia haber admirado siempre, escitó mis sospechas. Un infame criado encendió en mi corazon el fuego de los celos... Sofía, juzgad mi arrepentimiento por esta confesion. (*Sofía levanta los ojos al cielo con un sentimiento de alegría y de dolor.*)

MAGISTRADO. Pero, milord, el objeto de la acusacion no es ese, sino el funesto diamante...

OSWALDO. Escuchadme. Ese criado de quien os he hablado, ese traidor, siguió por órden mia los pasos de Rampsart, le espió y fué su sombra por todas partes... Me avergüenzan estos detalles. El mónstruo tuvo la fatal destreza de apoderarse del diamante; yo lo ví, pues me lo enseñó.

SOFÍA. (*Con dolor.*) ¡Gran Dios!

PATERSON. ¡Infame!

MAGISTRADO. (*Con noble cólera.*) ¿Vos sabiais?...

OSWALDO. No, señor; no sospeché siquiera que hubiese sido robado, ni supe nada hasta despues de la consumacion del crímen; os lo juro.

SOFÍA. ¡Ah! respiro.

OSWALDO. El desgraciado concibió un execrable proyecto. Voló á casa de su víctima, ausente á la sazon, y favoreciéndole la casualidad, colocó con sus propias manos el diamante dentro de un pupitre; lo cerró, quitó la llave, ocultóla y corrió á acusar á la inocencia.

PATERSON. ¡Ah, hija mia!

MAGISTRADO. ¡Qué horror!

OSWALDO. Hé aquí, señor, la llave del pupitre, que és una prueba irrecusable. (*Mientras que Oswaldo continúa, el magistrado mete la llave en la cerradura del pupitre de Sofía.*) Yo hubiera debido castigar al instante con la muerte á aquel miserable; pero me hallaba sobrecogido de terror; creime su cómplice, y en mi turbacion no pensé mas que en salvar á la víctima. Por medio de un cálculo execrable, aquel criminal habia preparado el terreno, complicándome en su trama infernal; pero fracasó mi designio, y la muerte del culpable sumia la verdad en una eterna noche. No era posible que mi honor titubease, y por vergonzosa que me sea semejante confesion, debo espiar las lágrimas que he hecho derramar á la inocencia y esponerme yo mismo á la reprobacion que tengo merecida.

SOFÍA. (*Con desesperacion.*) ¡Cielos! ¡qué es lo que he hecho!

PATERSON. (*Lo mismo.*) ¡Horrible fatalidad!

OSWALDO. Sofía, yo no he hecho aun mas que reparar mi crímen probando vuestra inocencia; pero ¿como honrar dignamente vuestra virtud? Vos sois á mis ojos el modelo de las mujeres, y mi alcurnia desaparece ante la nobleza de vuestra alma. ¡Ah! si la confesion de vuestro amor fué sincera como la mia, olvidad las in-

jurias de un amante alucinado en favor del esposo que cae á vuestras plantas. (*Se arrodilla.*)

Sofía. ¡Ay! ya no es tiempo. Estoy justificada, y sin embargo debo morir.

Oswaldo. (*Levantándose con espanto.*) ¡Morir!

Magistrado. ¿Qué decís, señorita? vos sois inocente... Nada mas sé.

Sofía. (*Con la mayor agitacion.*) Señor...

Paterson. ¿Será posible?

Magistrado. El juez no puede admitir el testimonio del hijo que denuncia á su padre. (*Paterson y Sofía se miran con ternura. Paterson eleva las manos al cielo, y Sofía, cogiendo una de las del magistrado, la besa con efusion. El magistrado añade con espresion afectuosa*): Yo nada he oido.

Paterson. Bendito seais, Dios mio.

Oswaldo. (*Sorprendido.*) ¿Qué nuevo misterio?... ¿Qué quereis decir?

Magistrado. (*A Oswaldo.*) Milord, vuestra noble franqueza justifica á Sofía de un crimen de que la creia incapaz. La confesion que acabais de hacer escusa un tanto vuestra falta; pero ¡cuánto no se aumentará vuestro dolor cuando conozcais la profundidad del abismo á que vuestra condescendencia arrastró á Sofía y á su padre! Obligándola á darse á conocer, atraiais la muerte sobre su cabeza.

Oswaldo. ¿Qué oigo?

Magistrado. Vuestra familia es ilustre y ha prestado eminentes servicios al Estado; unid vuestra poderosa proteccion á la voz del magistrado, y la clemencia del soberano hará lo demás, pues nunca se le implora en vano.

Oswaldo. (*Como sospechando la verdad.*) ¡Gran Dios! Sofía, decidme...

Magistrado. Permitidme que os señale la conducta que debeis seguir. (*Abre las puertas del fondo.*) Dejad entrar. (*Se abren las puertas al punto, y aparecen todos los personajes. Rampsart y Betzy se hallan en primer término, mirando con inquietud á Paterson y á su hija y esperando con ansiedad las primeras palabras del magistrado. La sorpresa de Oswaldo llega á su colmo, y sus miradas se fijan en Sofía, que baja los ojos. Paterson examina á Oswaldo.*)

ESCENA VIII.

Paterson, Sofía, Oswaldo, Rampsart, Betzy, *el* Magistrado, *el* Constable, *el* Secretario, Alguaciles *y* Guardias.

Magistrado. Aproximaos todos, señores, y venid á participar del triunfo de la inocencia. La señorita Sofía se halla justificada.

Rampsart. ¡Ah! yo tenia razon.

Betzy. (*Llorando de gozo.*) ¡Ah, señorita, qué alegría!

Rampsart. Pero ¿quién diablo me tomó?...

Magistrado. El culpable está descubierto.

Rampsart. Bravo.

Constable. ¿Y no es?... *Non inteligo.*

Magistrado. Motivos que no atañen á esta acusacion, obligan al señor Paterson y á su hija á abandonar la Inglaterra. (*Oswaldo hace un movimiento de sorpresa, y el magistrado, que lo nota, continúa*): Si he de creer mis presentimientos, en breve los veremos por aquí.

Rampsart. (*A Sofía.*) ¡Cómo! ¿partís? (*Sofía responde afirmativamente con la cabeza.*)

Oswaldo. (*Que durante este tiempo se ha aproximado á Paterson, le dice á media voz.*) En nombre del cielo, caballero, tened la bondad de decirme... (*Paterson le mira con benevolencia, se aproxima á una mesa y escribe algunas líneas.*)

Magistrado. Parten para Francia, y ninguna sospecha debe seguirles.

Betzy. Cómo, señorita, ¿me dejais?

Sofía. No; tú vendrás conmigo, Betzy.

Rampsart. ¡Pardiez! pues allí iré á veros, es igual.

Oswaldo. ¡Ah, Sofía! abandonar...

Paterson. (*Presentándole el papel que ha escrito.*) Milord, cesad de ser injusto.

Oswaldo. (*Leyendo para sí.*) ¡Cielos, qué leo! ¡lord Walpool!

Magistrado. (*Pasando vivamente á su lado para interrumpirle.*) Señores, este asunto está enteramente terminado. Constable, podeis retiraros.

Constable. (*Saludando al magistrado y yéndose.*) *Non inteligo; non inteligo.*

Oswaldo. (*A Sofía.*) Señorita, ¿podré esperar?...

Paterson. Milord, hoy mismo partimos, y necesito un amigo... Podeis acompañar á mi hija.

FIN.